

ANDRES HERNANDEZ NAVARRO

# PROCESO A LAS IDEAS

ENSAYOS



REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

ANDRES HERNANDEZ NAVARRO

# PROCESO A LAS IDEAS

ENSAYOS



REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

*Por hacer posible  
este libro.  
Mi reconocimiento.*

I. S. B. N. 84 - 300 - 9798 - 8

Depósito Legal: M. 25.277 - 1983

---

GRÁFICAS CLAVILEÑO. — Pantoja, 20. — MADRID

## PROLOGO

Este libro ha sido largamente pensado y con urgencia escrito. A través de sus páginas he querido ser protagonista y espectador a un tiempo, participando de la problemática de la sociedad en que vivimos y tratando de analizarla objetivamente, fuera del marco vital donde la acción se desarrolla. Por ello no es extraño que a veces pueda incurrir en los errores de valoración que tal actitud implica. Y que incluso al final resulte un libro polémico.

Pero en conciencia no he pretendido ni una ni otra cosa. Los libros son del escritor mientras bullen en su mente y se van gestando las ideas. Luego, como el hombre a su nacimiento, van adquiriendo una personalidad, una especie de fuerza propia que va más allá de nosotros mismos. Quizás porque el fenómeno creativo todavía está por definirse con una explicación lógica.

*Proceso a las ideas* responde a esa actitud del autor frente a una sociedad cuya civilización, amenazada en sus cimientos, señala el final de una época y el comienzo de un tiempo nuevo. Estamos sujetos a una vida, por lo general tan rutinaria y mediocre, que apenas advertimos ese gran acontecimiento que surge en torno nuestro.

Este libro no llega a conclusiones ni a razonamientos de antemano propuestos. El interés que pudiera tener radica en los propios temas, la mayoría esbozados o iniciados. Lo que me permite confiar que otros puedan seguir el largo camino, en el hallazgo siempre sorprendente de las ideas, y que les haya sido de alguna utilidad.

Más de una vez he tenido la tentación de seguir por senderos de fantasía, a lo que tan propicio es cualquier labor indagatoria

sobre nuestro mundo de hoy. Pero he preferido renunciar a tan atrayente propósito para discurrir dentro de un racionalismo emocional, que nos presenta las cosas tal como son, sin pérdida o menoscabo de nuestro propio asombro y de nuestra capacidad sensible.

EL AUTOR

## I

### EVOLUCIÓN SOCIAL

Cuando uno era demasiado joven, allá por los años de la posguerra, la gente de entonces ni soñaba, remotamente, el cambio profundo que la vida iba a experimentar. Si por un momento recordamos las escenas cotidianas de los pueblos y las ciudades, nos asombra con la diferencia actual. Después de tres años de contienda civil, la juventud que había llegado de los frentes, reconstruían sus vidas, como podían. Los vencedores, renovando los estudios, haciendo oposiciones o buscando nuevos trabajos. Los vencidos, encontrando el camino del exilio con sus familias o tratando de volver, más tarde, al comercio cerrado a medias o a la casa del pueblo, dejada en abandono de trincheras.

Pero ahí quedó la historia con sus contrastes. Con sus juicios certeros o temerarios. Con sus apreciaciones partidistas o interesadas. A mi generación le correspondió vivir en la retaguardia de una infancia que supo de cartillas de racionamientos, con temores y sobresaltos, de estudios en la vigía interminable de las noches con libros de texto. Se formó esta generación puente, que ocupó, luego, los puestos de responsabilidad sin que nadie reconociera sus méritos. No hizo la guerra. Presenció con asombro los desfiles y en la zona nacional, una sociedad que a sí misma se consideraba fascista. No existían demócratas ni personas propicias al diálogo convincente. Los hombres civiles habían adoptado actitudes marciales, y todo el mundo se consideraba falangista. Si existía algún liberal, hablaba en voz baja, sufría las duras consecuencias de su criterio y se le tenía por persona de trasnochadas opiniones, merecedora de cualquier correctivo.

Y ahora, que casi es ayer, esta misma sociedad, estos hombres o una buena parte de ellos son demócratas de toda la vida. No comprenden cómo los pueblos pueden vivir bajo la dictadura ni pueda designarse a nadie sin mayoría parlamentaria. Hasta para las pequeñas decisiones son los primeros en reclamar —a voz en cuello— la instalación de unas urnas con papeletas de votos contables.

Pienso que la sociedad cambia y que las nuevas generaciones traen bajo el brazo sus inquietudes. Cambiar puede ser bueno cuando se une a ello un sentido profundo de la sinceridad. Pero muchas veces me pregunto en el silencio de mi trabajo dónde quedarán aquellos hombres de entonces con sus ideas lanzadas a los vientos de la historia reciente. Porque ya no tiene mérito alguno ser liberal en una sociedad donde todos son liberales. Ya no tiene mérito ser demócrata en una sociedad donde todos son demócratas. Y alguna vez dije que el fenómeno de la transformación del país era, por cierto, importante. Porque, aun sin creerlo, ellos mismos habían propiciado un sistema abierto a la esperanza. Muchas veces, a fuerza de repetir los sueños terminamos convencidos de que han sido realidad.

Pero el cambio de esta sociedad no ha sido exclusivamente político. Es más profundo. Han cambiado las modas y los sistemas, el trato diario y la convivencia familiar. Ha cambiado todo en pocos años.

Y es curioso comprobar que esta generación puente a la que antes me refería, los padres de las nuevas generaciones, hemos sido los primeros en adaptarnos a la nueva sociedad que surge. Con cierto aire deportivo. Estuvimos antes viviendo bajo la norma de una sociedad paternalista, dirigidos por una voluntad que nadie discutía en la familia. Estamos viviendo ahora bajo la norma de los hijos, aprendiendo su estilo, comprendiendo sus razones, aceptando como propias sus inquietudes.

Acaso alguna vez podamos decir nuestras sinrazones a la sociedad en que nos ha correspondido vivir. Hemos ganado mucho en experiencia, como testigos, sin palabras, de la historia nacional. No hemos sido protagonistas de nada. Seguramente porque nuestro propio destino ha sido ése. Vivir solamente y contarlo. Puente entre dos orillas.

## II

### NUESTROS DÍAS

Cada región o cada ciudad o pueblo permite lograr una visión distinta del mundo que nos rodea. Ciertamente que hoy los medios de comunicación, la radio y la televisión llegan a casi todos los sitios más remotos. Pero queda siempre el margen interpretativo. Ocurre algo así como en esos conciertos de música clásica, donde el oyente sigue la partitura con diferente estado de ánimo, o un lienzo en cualquier exposición donde el visitante obtiene conclusiones opuestas. La tierra es, en cierto modo, la determinante de esa actitud intelectual frente a la vida y sus acontecimientos. Por eso la historia es la consecuencia directa de una interpretación con enclave geográfico. Los ingleses han escrito una historia con nacionalismos fundamentados. Los alemanes, con criterios de expansionismos bélicos de una Europa centralista y centralizada. Los españoles, con exaltación de ibérica independencia. Porque existen pueblos para quienes la historia es el límite de sus fronteras. Y para otros, la historia es el mundo exterior en un compendio de civilizaciones y culturas.

Ortega fue descubriendo el carácter regional español a través de unas variantes geográficas. Las llanuras de Castilla o las montañas de Asturias. Pero aquí mismo, en mi tierra, en estas islas atlánticas, y aun dentro de cada isla, podría confirmarse la regla general. La introversión es más frecuente en los pueblos más áridos o donde quedan las tierras sedientas. El hombre que vive en la montaña agudiza su sentido independiente y observa con recelo al forastero que habla con exceso. El que habita en zonas del valle o en comarcas agrícolas es más dialogante. Se produce como una especie de «regresión» de la tierra al hombre. La tierra devuelve el influjo recibido en buena parte del mismo hombre que la habita y la trabaja. Siempre se ha señalado la influencia del medio, pero

acaso siga sin descubrirse la compleja determinación sobre nosotros del pequeño mundo que nos rodea. Porque como ser imaginativo, creador constante e ilusionado, el hombre se considera poseedor de una parcela extensa, y casi no pone límites a los horizontes de su propio mundo. Y no termina de caer en la cuenta de que su espacio vital es bien reducido. Una calle, unos metros cuadrados de vivienda, unos locales, más o menos amplios, donde trabaja, y la plaza o la avenida de cualquier ciudad o de cualquier pueblo donde llega al atardecer. Por eso su tendencia a viajar, porque es una forma de vencer la rutina, que es la repetición de actos similares.

La historia necesita de mucho tiempo al paso de los acontecimientos para adquirir autenticidad. Mientras, aparece con claras señales de influencias de todo orden. El historiador no puede evitar ni su formación doctrinal, ni su apasionado nacionalismo, ni su mismo enclave geográfico. Por eso creo que la verdadera historia de nuestros días podrá ser escrita por generaciones que están por venir, que todavía no representan ni el proyecto lejano de una fecha familiar. Alguien ha pretendido dejar escrito en los cimientos del mundo actual, bajo los grandes edificios y las grandes columnas de nuestras ciudades, una historia de recientes sucesos que sirvan al investigador de sus ruinas dentro de un milenio. Inútil pretensión. Porque se seguirá ignorando lo más importante. Porque vivir es, sobre todo, un acontecer diferente; una experiencia que cada uno cuenta a su manera, a su personal estilo, desde un rincón pequeño, casi insignificante.

### III

#### PROCESO

Pensar siempre fue un grave inconveniente. La vida transcurre con mayor simplicidad para los que no sienten la angustia ni los mueve el afán, ni les impusa la inquietud. La historia está llena de relatos de hombres que dieron o perdieron su vida por un ideal, desde aquella estampa, reproducida, desde Sócrates, que en silencio toma la cicuta de su misma doctrina, hasta los ejemplos más recientes. Porque la humanidad perdona todo, disculpa todo, menos la inteligencia. Yo diría que es el pecado capital de la envidia, que se destruye a sí misma, pero que destruye también a los demás. Aquella frase de que «ladran, cabalgamos» puede constituir una especie de conformidad a su criterio paradójico. Pero en el fondo es lamentable y penoso. Porque debía cabalgarse sin ladridos de perros, sin obstáculos ni vallas, sobre la llanura extensa de un trabajo que construye. Y es que el hombre tiene que advertir ahora mismo, sin mayores dilaciones, que la única forma de sobrevivir a estos tiempos es con la tolerancia hacia el talento de los demás. Porque de lo contrario se va a encontrar, como ocurre a menudo, con el triunfo de lo mediocre. Ciertamente que la mediocridad tiene todas las ventajas para el éxito. Porque acepta, sin reparos, la sumisión y ahoga su posible sentido de independencia con lo que venimos en llamar sentido práctico. Lo mediocre es práctico, porque utiliza artes de la adulación o el conformismo. La inquietud, la independencia son estados superiores que nunca puede alcanzar.

Por eso las ideas, las más progresistas o las más conservadoras, siempre estuvieron sometidas a proceso. Las hogueras inquisitoriales pretendieron terminar con la libertad, y las revoluciones con la tradición, poniendo en los dos extremos valores compatibles, como son compatibles todos los valores humanos. Hoy moría un

hombre por sus ideas revolucionarias. Mañana, por su sentido tradicional de la historia. Es una especie de contribución obligada a lo que venimos en llamar cultura de los pueblos. No damos fe del acontecimiento sin el martirio. Cristo está recorriendo siempre el largo camino que le separa del pretorio a su propio calvario. Y es curioso que la historia está ofreciendo las pruebas de este proceso interminable contra las ideas. No importa donde estén situadas ni siquiera quien les defienda o ataque y denigre. Lo importante parece ser la oportunidad que puede ser histórica. Porque hay hombres que nacieron con este signo de rebeldía constante y de inteligencia permanente. Es como una especie de inclinación inevitable a navegar contra corriente. A decir las cosas con tal transparencia y claridad que se convierten en la ofensa de algunos y en la crítica de otros. El hombre sincero es un loco antisocial que va diciendo por ahí tales verdades que representa un peligro a la misma organización de la sociedad. Porque la sociedad, digamos de una vez por todas, está fundamentada en la mentira, que todos conocemos, pero que también toleramos. Vivir es una concesión diaria a esta mentira colectiva que nos permite seguir viviendo.

Por eso quizás ese espíritu que se descubre en las nuevas generaciones sea un propósito sincero por retornar a las viejas formas de una sociedad primitiva, pero más auténtica. Lo malo es que no sea una filosofía de entendimiento, sino una circunstancia que se transforma en anécdota. Parece llegado el momento de que esa juventud analice sus ideas para comprobar si esa confrontación con otras es sincera o responde a una actitud histórica, a una moda, como llevar la barba o dejarse los cabellos largos. No es un problema de vestimenta. Es un problema más profundo, y responde a una idea más alta. Porque las ideas siguen moviendo al mundo más allá de nosotros.

## IV

### LAS CONSTANTES HISTÓRICAS

Desde aquellas teorías mendelianas de la herencia, aplicables a la biología, existe una tendencia que nos podría llevar a considerar la aplicación de esas mismas leyes a otros aspectos más espirituales o históricos. La inteligencia no falta quien afirma que es una cuestión personal intransferible, donde el individuo aparece dotado de unas cualidades deductivas o de pensamiento que le son propias. Sin embargo, es fácil comprobar que determinados grupos humanos, incluso familiares, se señalan o destacan por esa especie de inteligencia hereditaria. Se podría argumentar que el hombre culto tiende con especial instinto a transmitir sus conocimientos a sus hijos, y que éstos, desde la infancia, desarrollan sus juegos entre libros o probetas de laboratorio; viven en un medio que es propicio a toda inquietud intelectual y amparados en el afán de la imitación siguen un camino anteriormente trazado. Pero me estoy refiriendo a una facultad de ejercicio libre y poco frecuente. Y es que todavía nos queda mucho camino por andar en esa investigación que permita llegar al conocimiento, más o menos aproximado, de nuestras mismas posibilidades.

No tenemos respuesta a las mil preguntas de nuestro mundo interior. Y parece como si, conscientes o inconscientes de ello, tratásemos de mentalizarnos en la aceptación de una problemática rutinaria. Nos llenamos de cosas tan próximas a través de un programa televisivo o de una máquina programada para resultados exactos, que nuestros horizontes tienen los cortos límites de esa misma maquinaria o de esos inventos de masas. Cuando alguna vez nos detenemos y pensamos por nuestra cuenta nos asombran esas otras posibilidades, seguramente porque no estaban previstas, ni en la lectura de un libro cualquiera ni en nuestra experiencia anterior. Por eso nos sorprende el desconocimiento o la falta de ante-

cedentes. Creemos en alguien que nos decepciona. Confiamos en alguien que no acaba de entendernos. Es un proceso de constante histórica que lleva a la Humanidad hacia el excepticismo, que es la doctrina negativa de los que no creen en nada. Pero aquí surge la otra fuerza, que los físicos analizan en la naturaleza. Una fuerza de igual intensidad, pero contraria. Que nos obliga a creer profundamente para poder seguir viviendo. Una búsqueda incesante. Un afán incontrolado. Una inquietud que permanece.

Pero esa decepción a veces tiene carácter colectivo. El hombre ha ido evolucionando hacia estados superiores de la cultura, pero con esa constante histórica de excepticismo, de falta de creer en los demás. De vez en cuando rompe barreras que considera clásicas o inútiles y hace la revolución, para volver a construir una buena parte de lo que ha destruido. Es como esos juegos infantiles donde las piezas se dispersan, para de nuevo unir las sorprendentes rompecabezas. Por eso la humanidad convierte los instintos individuales en propósitos colectivos. En el fondo es la transmisión hereditaria de incomprendimientos o desafueros, donde la sociedad pretende cambiarse a sí misma, transformarse en algo diferente.

Por eso todas las revoluciones tuvieron un programa que pretende ser de renovación. El hombre se ampara en las ideas y las utiliza como un argumento fácil para la discordia. Esas mismas ideas que han surgido para el mejor entendimiento para el diálogo que construye. Pero en ese proceso contra las ideas no basta el planteamiento. Se necesita la víctima; un reo convicto y confeso de la mayor culpabilidad. Su misma facultad de pensar. Los grandes pensadores son los grandes reos de la historia, condenados por herejes o por doctrinarios.

El hombre suele llegar a las conclusiones o los resultados que le proporciona una filosofía interesada. Aquí las ideas adquieren un sentido radical y definitivo. Se exalta, pero al mismo tiempo se denigra. Se elogia, pero al mismo tiempo se critica. No es que se llegue a valoraciones objetivas, por otra parte tan difíciles, sino que parece obligado que para la exaltación de alguien o de algo se ponga a su lado esa especie de ángel nefasto que resalte las cualidades del primero. Abel no tendría sentido sin la existencia de su hermano. Porque la historia es el relato de un observador a distancia, que siempre está poniendo en la balanza la injusticia de los acontecimientos.

## V

### EL PODER

Entre todos los afanes, intenciones, propósitos, deseos del hombre el más fuerte y determinante ha sido su ambición de poder. Las circunstancias fueron propicias para su cultivo y desarrollo. De una parte, su propia indefensión en el medio que le correspondió vivir. De otra, su inseparable condición de ser dominante; la soberbia, que siempre motivó sus actos; el pecado capital, que le permitió construir grandes ciudades y realizar gigantescas empresas, pero que es tan grave en su propia esencia que determinó, según los libros sagrados, que Dios arrojase al ángel rebelde a los infiernos al pretender suplantarle y ser superior. Y aquí el contraste de que los grandes pecados ocasionan las grandes obras de la misma Humanidad. Quizá porque la virtud está en la modestia, la humildad, la sencillez. Y los hombres que pasaron a la historia y la construyeron a su modo fueron hombres a quienes movió la soberbia, el afán de poder, el deseo de sobresalir, el propósito de destacar.

La conquista del poder tuvo su primera manifestación en esa indefensión a que antes me refería. El hombre se encontró en medio de los demás animales de la amplia escala zoológica, a los que tuvo que dominar. De ellos obtuvo alimentos y vestido. Era un problema determinante para poder sobrevivir. Luego confió en su propia fuerza y se consideró a sí mismo superior, a pesar de que sus facultades físicas son inferiores, y en algunos casos hasta su misma inteligencia individualmente considerada. Por ello surgió el grupo, la tribu, la manada. Porque es indudable, al igual que en algunas especies, su sentido organizativo. El jefe o la jefe —aceptando la idea del matriarcado— fue un concepto espontáneamente aceptado desde los comienzos del mundo. La jerarquía del más

astuto, más ágil, inteligente o simplemente más fuerte. La sociedad se inicia con la conquista del poder. Los vencedores, en las luchas tribales, hacen esclavos de los vencidos. Y la situación parece normal y lógica. Porque la lógica siempre estuvo al servicio de las ideas dominantes. La razón era la filosofía del poder. Porque a medida que la sociedad avanza necesita justificarse. Y el poder detentado, usurpado, ganado tal vez por la circunstancia favorable, requiere de unas ideas básicas para su propia existencia. Por eso creo que la idea del Estado debió ser una idea tan primitiva como la conquista del poder. El hombre fue dando formas sociales a los instintos más grotescos. Convirtió en viaje de bodas lo que en el fondo no es sino el raptó de la mujer poseída. Educó sus modos y ha vivido sumergido en una civilización que en buena parte le sustrae a una vida natural, racionalizada. Porque esa civilización, que equivale a progreso, le ha ido proporcionando medios superiores al medio ambiente. Pero de otro lado le ha ido alejando de lo que es natural y sencillo. Hasta la comida y los alimentos son actual exponente de un artificio industrializado, donde se convierte en víctima de su propio invento.

El ser dominante es algo inseparable al ser humano. Desde la primera infancia empieza a ejercer una especie de tiranía con sus progenitores. El virus del poder se transmite y se hereda. Y es como una enfermedad colectiva, que solamente unos pocos saben utilizar en provecho propio. Porque el afán de poder que tiene todo hombre es una cosa y la facultad de ejercerlo otra bien diferente. Como en el reino de las abejas, que desde el inicio de la colmena una de ellas será la reina, así en las comunidades humanas determinados grupos parecen señalados para ejercer el poder. No creo en los predestinados, pero sí en las circunstancias históricas de la oportunidad. A veces alguien se encuentra con el poder. Otros, en cambio, se pasan la vida deseándolo, buscándolo sin lograrlo. Porque la historia no la dicta la casualidad, pero está escrita de hechos casuales. Napoleón perdió el imperio en Waterloo porque llovió la noche anterior y no pudo mover sus piezas de artillería. Beethoven compuso una de sus más bellas sinfonías por esos golpes descompasados que hicieron sonar en su puerta, un invierno cualquiera, cuando le aquejaba la sordera y apenas empieza a percibir el mundo exterior. Casualidades históricas o la historia convertida en ese misterio de la casualidad.

## VI

### LAS REVOLUCIONES

El poder ha buscado sus propias razones. Y ante el asombro de una mayoría dispuesta a creer siempre, ha encontrado fundamento más allá de lo razonable. El poder viene de Dios. Y así es indiscutible. Cuando en realidad bajo una ortodoxia cristiana auténtica, la afirmación habría que hacerla extensiva al universo. Todo procede de Dios. Pero este concepto fue tan útil, que fue desarrollado incluso por personajes tan distantes en la historia como pudieron serlo Julio César o Fernando el Católico.

Pero el poder es un concepto transitorio, y tiene múltiples y variadas formas. El poder absoluto no hay quien lo ejerza. Hasta Nerón se cansó de su absolutismo y hacía versos y prendió fuego a Roma. Hoy, porque el poder pretende disfrazarse, ocultándose en cierta forma. Y prefiere tener aspectos externos admisibles en una sociedad moderna, y se recibe del pueblo, y es el pueblo el que lo entrega. Hasta que surge la revolución, que es el cambio brusco, o el impulso irrefrenable hacia la conquista del poder. Y aparecen los protagonismos. Robespierre no hubiese sido ese protagonista de la revolución francesa, si detrás de él no estuviese dictando Rousseau su contrato social, o Voltaire las páginas de la enciclopedia. Lenin no pudo haber sido el protagonista de la revolución bolchevique, si detrás no estuviese Tolstoi, escribiendo las escenas más emotivas de *Resurrección* o Dostoyewski la de tres hermanos —los Karamazov— que proyectan asesinar a su propio padre.

Porque toda revolución exige dos aspectos complementarios en cierto sentido contrapuestos. El protagonismo político y el protagonismo ideológico. Acción e ideas. Ejecución y planteamiento. De una parte, el hombre que encarna moral y hasta físicamente

el ideario político de la revolución. De otra, el hombre que dicta el programa a través de una serie de ideas que sirven de basamento al nuevo edificio del Estado. Lo curioso es que en aquellas invasiones bárbaras, los países conquistados acabaron por absorber al conquistador. Hay una corriente, pero de signo contrario, en todos los movimientos históricos. Así las revoluciones una vez terminado con su fuego real o de pirotecnia, que de todo tiene un poco, empieza a constituirse en determinante de un Estado con similares características al anterior. Porque la revolución cambia las personas y raramente las instituciones. El jacobino Napoleón, cónsul y general de la República, fue años más tarde emperador, con más corte y decoración palaciega que pudo serlo cualquiera de los Luises. Es la progresión y regresión de la historia. Es el avanzar y retroceder constante de un ser dominante, que casi siempre es dominado por sus propias circunstancias.

Pero las revoluciones tienen su motor, impulso, causa principal en la doctrina del Estado. Unas luchando por la libertad; otras, condenando la libertad. Y en todas, tratando de perfilar un futuro glorificado. Porque la revolución es una fórmula de verdadero proceso a las ideas. Hay ideas que se rechazan y hasta constituyen un peligro esgrimir las como fundamento de la razón indiscutible. Porque la revolución es, sobre todo, la réplica ideológica de entender el concepto de Estado.

Por eso cuando se estudia y analiza la historia de las revoluciones, inmediatamente estudiamos y analizamos las ideas que impulsaron esas revoluciones. El hombre cree, por ejemplo, que impone la moda, cuando son en realidad los figurinistas, modelistas, sastres y además especializados, los que señalan el verdadero camino de la moda. El mundo está movido por las ideas. Unas las aceptamos y otras sufren nuestro rechazo. Es la lucha constante de vivir. Siguen aplicables a otras esferas del pensamiento las leyes físicas. A toda acción corresponde una reacción. A toda idea, una réplica de signo contrario. El mundo parece de esta forma dividido en dos grandes sectores. El sector creador y promulgador de doctrina. Y el sector que responde a aquellos impulsos ideológicos para aplicarlos a la vida real.

Pero este sentido diferencial lo podemos comprobar en la práctica. El autor del libreto y la interpretación del personaje y la puesta en escena. Porque en la comedia el personaje que parece auténtico, habla y discurre por la mente del autor, y así con frecuencia sucede que estamos representando cada uno nuestro papel, sin advertir que todo está dicho y escrito en ese libro gran-

de de comedias, que es la vida. Por eso nos repetimos en frases que fueron antes pronunciadas y en ideas que fueron antes expuestas. Pero no debe importarnos, porque tal personaje es el nuestro, hasta que dicha la última palabra aprendida, baja el telón.

## VII

### DOGMATISMO

Las revoluciones, analizadas objetivamente, no pueden entenderse sin ese proceso a que se someten las ideas más contradictorias. Porque toda revolución lleva en sí misma una buena dosis de dogmatismo, que es la no aceptación de proposiciones diferentes a las que se aceptan como auténticas. Schopenhauer dice que «puede comprenderse la filosofía de todos los tiempos como un péndulo que se mueve entre racionalismo e iluminismo, o sea, entre el uso de la fuente de conocimiento objetivo y subjetivo».

Aunque se produce la circunstancia que esa afirmación rotunda del dogmatismo también alcanza a cualquier actitud racionalista, porque una buena parte acepta los principios que otros han pregonado, y ya vienen mediatizados por un criterio que no es el propio. Pero cuando se llega a unas conclusiones por uno mismo, sistema que ofrece la posibilidad de llegar a la verdad, en algunas materias, el dogmatismo se introduce en forma insospechada, para señalar los límites del error. Porque cuando nos sentimos convencidos de una idea, más si ésta tiene caracteres impulsivos, apasionados o sentimentales, estamos dispuestos a defenderla a ultranza y contra todo sentido incluso de la prudencia, que puede ser una manifestación exterior del instinto. El hombre anula a veces su propio instinto por fuerza de la razón, porque de otra forma no se explicaría esa facultad que le distingue de los restantes animales y que dudo constituya una ventaja apreciable.

De aquí que resulte tan difícil el diálogo, que la mayoría de las veces se transforma en monólogos relacionados. El tema es coincidente, pero cada uno de los que hablan llevan caminos diferentes, y a veces opuestos. Al final casi siempre se abandonan los senderos para entrar en la carretera principal, y tratar de

encontrarse. La dialéctica es una comunicación de ideas que suelen tener origen muy distante. El hombre suele afirmar sus conceptos de lecturas aprendidas o de tradiciones. Por eso la base del dogmatismo a que me vengo refiriendo. La infancia es el libro blanco de las primeras sensaciones y los primeros conocimientos. Es un poco como el subconsciente o el sedimento sensorial del hombre adulto. Allí en la conciencia ha ido quedando la enseñanza de lo indiscutible. Son demasiadas cosas indiscutibles las que se enseñan al niño. Después que los años transcurren se encuentra aceptando unas ideas que no son suyas, y que cuando las repite, aparece un tema elegido de sus años escolares o universitarios.

Pero a pesar de los inconvenientes que puede presentar el dogmatismo en las ideas, es evidente que producen un margen de seguridad a una mayoría que no se detiene a pensar. Un mundo que la ficción señala para el futuro como carente de iniciativa, se asemeja a un mundo con ideas inalterables.

Por eso las revoluciones, que suele iniciar la juventud, son como una explosión de rebeldías de una normativa discutible. Aquí juega la reacción frente a la acción, y no a la inversa. La acción equivale al mantenimiento constante de esas supuestas verdades que ni tan siquiera pueden someterse al diálogo. La reacción, el convencimiento de que puede llegar a otras metas diferentes y por caminos opuestos.

El diálogo es importante. Porque pese a que el dogmatismo impide aceptar la opinión ajena, la idea propia se enriquece. A veces para reforzarla, siempre impulsado por aquellas circunstancias. Se suele atender a los demás, cuando de esa atención se obtiene nuevas razones a su criterio. Es como si, seguro de que su camino es el auténtico, se encontrase de pronto con la certeza que le proporciona llegar al conocimiento de que los otros caminos no conducen a ninguna parte.

Por eso resulta tan difícil llegar a la verdad incluso en las pequeñas cosas que nos rodean, y que un sentido racional bien orientado podría descubrir. Porque las ideas están seriamente amenazadas por el dogmatismo, de una parte, y por la mediocridad o la rutina, de otra. Resulta sencillo aceptar las verdades parciales que nos ofrecen los libros, o sea, el pensamiento de los demás. Rara vez iniciamos la aventura de pensar por cuenta propia.

## VIII

### LA DIALÉCTICA

En la construcción del pensamiento moderno, Mao Tse Tung constituye un importante hallazgo filosófico para el mundo occidental. Y es que después de analizar los fundamentos de la filosofía de Hegel, cuyas ideas reafirmó el nazismo y doctrinas afines, devuelve bajo la inspiración ideológica de Marx y Engels la proposición de una concepción del mundo bajo una nueva forma racionalista.

Mao analiza los dos puntos de vista en que se desarrolla la concepción del mundo y sus naturales consecuencias. Dos concepciones opuestas. El aspecto o consideración metafísica de los problemas y el materialista dialéctico. Y su sistema de análisis de no estar influido por determinados condicionantes orientales, podría decir que acepta un método de rigor científico que recuerda bastante a los pensadores más señalados de la filosofía centro-europea.

Hoy no puede ignorarse la influencia social y política del marxismo sobre las masas, como no puede olvidarse la importancia histórica de los movimientos burgueses y la expansión del capitalismo. La historia es la objetiva consideración de los acontecimientos. Para llegar a deducciones comprensibles, con el menor dogmatismo posible, tiene que analizarse cualquier idea que pueda proporcionar medios y sistemas de alcanzar esa verdad que suponemos relativa. Mao, como Lenin anteriormente, considera que la causa principal del desarrollo reside en el interior de las cosas y en sus contradicciones internas. La dialéctica de la contradicción es la que permite que las cosas permanezcan, que las cosas tengan sentido. La muerte, de esta forma, no se entiende sin la vida. La paz sin la guerra o la felicidad sin el dolor o la

enfermedad. Por esto, considera que el conocimiento tiene que partir de un profundo y riguroso acercamiento a la ley de las contradicciones. Para encontrar la universalidad en esa misma contradicción. Es una ley, según Mao, que es aplicable y sin excepción a la naturaleza. Y explica la tesis sostenida al respecto por Lenin. Para así determinar que esa universalidad de la contradicción surge, en matemáticas, con los signos más y menos; diferencial e integral. En mecánica, acción y reacción. En física, electricidad positiva y negativa. En química, la combinación y disociación de los átomos. En ciencias sociales, la lucha de clases.

Mao, siguiendo su afanosa busca de la verdad, afirma que lo que constituye la base de nuestro conocimiento es «que debemos tener en cuenta sus rasgos particulares... Toda forma de movimiento contiene en sí su propia contradicción particular... Esto no sólo ocurre en la naturaleza sino también en los fenómenos de la sociedad y de las ideologías». Lo que equivale a considerar que toda la ciencia tiene por fundamento esa búsqueda de la contradicción particular que la caracteriza y distingue.

Pero donde parece que quiebra el sistema —en el aspecto dialéctico que estudiamos— es en la tercera fase que propugna para la estructura básica de su concepción del mundo. La identidad.

Porque aceptada la universalidad de la contradicción y la particularidad que la determina y concreta, la identidad no es posible admitirla por aquellas mismas razones de sus consideraciones primeras. La identidad, según Mao, es que «cada uno de los aspectos contradictorios tiende a transformarse, en condiciones determinadas, en el otro». O como decía Lenin, «la dialéctica es la teoría que estudia cómo los opuestos pueden ser y son (cómo pueden llegar a ser) idénticos, en qué condiciones son idénticos, transformándose el uno en el otro».

Y el propio pensador y político concreta su idea llevando este sentido último de la identidad, al terreno de lo social. «Obsérvese —dice— cómo a través de la revolución, el proletariado de clase dominada se transforma en clase dominadora, en tanto que la burguesía, hasta entonces dominadora se transforma en dominada, ocupando el lugar de su puesto.»

Parece evidente que si la contradicción es ley universal, la identidad la contradice. Es más. En esos mismos ejemplos se comprueba que cambian los términos de una ecuación, pero el resultado sigue siendo el mismo. Si la contradicción subsiste, pese a nuestros empeños, a toda acción se opondrá una reacción de signo contrario. La vida sin la muerte se convertirá en utopía, y la muer-

te sin la vida es algo que no tiene sentido. Mao acierta en las contradicciones. El hombre es una constante contradicción. Pero no acierta al obtener las conclusiones finales. Quizá porque cualquiera sea el sistema elegido, el materialista —dialéctico o el metafísico, la ciencia apenas puede ir más allá de sus propios planteamientos. La identidad no es posible, sino el cambio. Y el cambio no es transformación sino alteración de factores. Si la identidad se produjese, como una especie de confusión o integración resultaría inaplicable la propia ley de las contradicciones.

Mao rechaza el dogmatismo de la escuela de Deborín, pero ya expusimos la dificultad que cualquier sistema encuentra para excluir de sus métodos determinadas ideas, como una constante en la historia de la humanidad.

## IX

### LA LIBERTAD

Muchas han sido las víctimas que han inmolado la libertad, en uno y otro sentido. Unos por defenderla. Otros por negarla. Quizá en ello se aplica, una vez más, la ley universal de las contradicciones. El 19 de noviembre de 1792, la Francia revolucionaria formulaba una declaración de derechos con el propósito de apoyar, decididamente, a los pueblos que quisieran ser libres. Pero como sostiene J. L. Talmon, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, «de este modo la independencia para escoger la libertad, que la Revolución pretendía dar a las naciones, se convirtió en la obligación de escoger la libertad».

De aquí que podamos obtener sobre esa declaración de derechos interesantes consecuencias. Porque resulta, de una parte, que la libertad se transforma en un concepto de doctrina personal para interpretarla. Lo que es libertad para unos se convierte en opresión para otros. Y de otra parte, la libertad suele ser impuesta en ocasiones, lo que resulta contradictorio considerarla en su aspecto más auténtico.

Pero resulta evidente que las doctrinas que han insistido sobre la libertad, están orientadas hacia la política social más avanzada, lo que equivale a traducir que, históricamente, ha sido materia reservada a los pensadores y filósofos más identificados con el pueblo y con las grandes masas populares. Por eso no es de extrañar que como derecho individual, derecho del ser humano, la idea de la libertad haya tenido defensores tan distantes como puedan serlo San Agustín y Rousseau, Santo Tomás y Renán. Aunque en unos, lo fundamental sea la libertad hacia fines metafísicos, y en otros, hacia objetivos sociales o sencillamente políticos.

Pero la libertad, entendida en su concepto más auténtico, humano, ha tenido profundas quiebras en aquellos que manejando ideas absolutas, movidos por un dogmatismo exigente, la reducen a la idea de seguridad, o ésta como una consecuencia de aquélla. Hobbes, al trazar su idea del Estado Leviatan pretendía descubrir la libertad como una entrega total al sistema para evitar, a su criterio, cualquier situación de anarquía. Si «el hombre es un lobo para el hombre», solamente un Estado fuerte, poderoso, puede impedir la contienda natural de aquellos instintos.

Pero de ahí a la negación de la libertad, no queda sino un paso. Porque el poderoso encontrará siempre motivos suficientes para impedir su ejercicio en el pequeño ámbito de la actividad humana. Lo que ocurre es que analizando las posibilidades de acción de esa libertad, nos encontramos que las limitaciones no solamente están en la doctrina de sistemas que se han denominado totalitarios, sean de derecha o de izquierda, sino en la propia naturaleza del hombre. Esta es otra cuestión.

Porque la humanidad ha hecho de determinadas ideas, al modo de Platón, un proyecto absoluto, que por medios inductivos las transforma en una irrealidad absorbente. Así parece como si el amor, la verdad, la belleza, la misma libertad, fuesen ideas generales sin limitación posible. Viven en un mundo superior de conceptos indiscutibles. Rechazan cualquier relativismo en ese orden superior que se les considera.

Y ahí es donde empieza la dificultad. Porque a las demás limitaciones del hombre, hay que añadirle el problema de utilizar en la vida real estas ideas. Si el hombre está lleno de limitaciones —intelectuales, morales, físicas, biológicas, etc.— no le será posible en ningún caso aplicar a su misma vida las ideas absolutas, sin cambiarlas, sin transformarlas en algo también imperfecto. Creo que la ambición del hombre o su misma soberbia, ha ido demasiado lejos. No solamente afirma las ideas absolutas —lo que teóricamente es posible—, sino que pretende manejarlas a su conveniencia.

Otro aspecto, a considerar, será la posible aplicación de la libertad. Porque es justa la aspiración por lograr su mayor desarrollo, su mayor alcance dentro de la idea de lo posible. Porque solamente lo posible entra de lleno en una interpretación racional de los conceptos. Aun aquellos que reconocen la libertad como un derecho natural, tienen que admitir que su ejercicio tiene profundas y serias limitaciones en esa misma naturaleza. Esa libertad, que quedó limitada, reducida, cuando leemos el Génesis (V. 17-

18-19) en aquellas palabras que convierten al primer hombre en un ser imperfecto: «Será maldita la tierra por tu causa; con doloroso trabajo te alimentarás de ella todos los días de tu vida; te producirá espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado.»

Pero tal idea ha sido compartida por las doctrinas más diversas y hasta opuestas. Apenas que nos analicemos, vivimos de contradicciones, pero también con limitaciones que nos vienen dadas por una naturaleza endeble, débil, enfermiza, inferior, en muchos aspectos, a los demás animales que con nosotros comparten la vida superior de la tierra.

## X

### LA CIVILIZACIÓN

Estamos asistiendo a un proceso histórico que representa el final y el comienzo; el final de la llamada civilización moderna y el posible comienzo de la época cósmica. Termina un tiempo convencional y empieza un tiempo ficticio. El futuro está lleno de incógnitas, también el pasado, si nos limitamos a las referencias históricas, muchas veces interesadas, otras incompletas. Solamente estamos seguros de que en este último tercio del siglo xx estamos presenciando el cambio profundo, total, de la sociedad. La inversión de valores en algunos casos. Y la creación de una sociedad diferente. Más libre o más esclavizada. Más natural o más ficticia. Pero representa la expresión de un humanismo vital.

La libertad de esta forma se pretende absoluta, aunque ya sabemos que solamente a efectos teóricos existe lo absoluto. Por eso está surgiendo una generación que brinda la aparente novedad del anarquismo. El individuo quiere ir más allá de sus posibilidades, y encuentra la sinrazón de las ideas que se pueden considerar clásicas. El hombre busca respuesta. Analiza las viejas doctrinas en esas dos fases, que ya hemos estudiado, del iluminismo o del materialismo; la búsqueda de la verdad metafísica, o el encuentro de la verdad a través de la razón. Y como tantas veces ocurre, ni las creencias religiosas, ni las ideas filosóficas, ni la propia razón encuentran el camino seguro de la convicción profunda.

Pero en esta especie de Renacimiento que presenciamos, la razón simplifica el método, y los fundamentos cartesianos parten de unas conclusiones que no parecen válidas ni definitivas. La duda ahora no es racional. Es una duda surgida de convicciones anímicas. El mundo actual empieza a vivir en constante rebeldía. Y el hombre se sumerge en un nihilismo, donde naufragan los viejos valores.

Por eso aparecen como una luz tenue al final de una caminata, las ideas más contradictorias o las prácticas casi místicas. El «yoga» constituye la realización del «yo» que se abstrae, que se separa idealmente. Es como una evasión donde la mente descansa. El hombre sigue huyendo de sí mismo, a través de doctrinas que buscan la relajación del espíritu o el sueño de la inteligencia. La droga es la forma violenta de encontrarlo, o la más fácil. Por eso la droga se identifica con doctrinas que pretenden evadir al hombre de su propio problema. Y es que hay una especie de cobardía colectiva, que impide que la humanidad se plante, sin demoras, las causas de su malestar.

Pero en el fondo de este extraño Renacimiento aparece un impulso primitivo. Un afán desmedido de primitivismo. Es como si se anunciara el final de la civilización, que es todo lo contrario. El hombre «civilizado» representa el símbolo de una historia avanzada. Acumula una serie de datos que le vienen aprendidos de una sociedad saturada de beneficios. Acepta la tradición burguesa de las ventajas que le ofrece la misma colmena en que vive, piensa, se desarrolla y muere. Apenas razona, porque la razón quedó como paralizada e inservible en un estadio anterior. Ahora las ideas le vienen dadas en los comprimidos de una farmacopea heterogénea. Las verdaderas, las que se consideran verdaderas, indiscutibles, se le suministran como el suero al enfermo. En dosis continuas. Así se crean los intelectuales en serie. Una especie que sabe lo mismo, dice lo mismo y repite lo mismo.

Porque a esta civilización le ha preocupado muy poco el hombre, individualmente considerado. La sociedad se interesa por la obtención de dividendos intelectuales. Hombre que responda al conocimiento inmediato. La propia filosofía ha dejado a un lado sus métodos, que no conducen a ninguna parte, salvo la supe- ración de uno mismo, para convertirse en el razonamiento práctico de una deducción cualquiera. La razón que rara vez se utiliza es un sistema que rastrea superficies. La razón que profundiza, se guarda y conserva en las vitrinas de los museos, como una reliquia de textos inservibles. Por eso la civilización en su estado más avanzado, se descompone. Como el rayo de sol con las lluvias. Y es el riesgo que ofrece la uniformidad en las ideas, los conceptos de segunda mano, tan peligrosamente manejados. El arco iris ideológico es como un proceso a las ideas no compartidas. Cada línea de color ignora la más próxima. Como si no tuviesen el mismo origen.



## XI

### ERA CÓSMICA

Así como la civilización en que hemos vivido, en que estamos viviendo ofrece las apariencias de su final, otra fórmula de vida sobre la tierra está surgiendo en este último tercio del siglo xx. Las ideas tradicionales, los conceptos que fueron válidos para una buena parte de la sociedad actual, se derrumban, se deshacen como cohetes de artificio en la noche de los tiempos. De los textos que aprendimos en la infancia o la juventud, en relación a las ideas, muy pocos sobreviven a este empuje destructivo. A nosotros nos ha correspondido vivir en este tránsito profundo, en esta especie de revolución ideológica, más trascendente que la propia Revolución francesa. Porque allí se produjo un cambio en la perspectiva de las ideas, mientras que aquí asistimos al final de una civilización y al comienzo de algo tan diferente que para distinguirlo hemos acudido a la visión cósmica de la tierra. No tengo cualidades de adivino, pero a menos que hagamos un análisis de esta transformación, comprobaremos dos circunstancias históricas evidentes. La primera, que existe un afán liberalizador sobre las ideas tradicionales, religión, matrimonio, relación paterno-filial, cultura, arte, etc. La segunda, que el hombre ha encontrado insuficiente espacio vital-espiritual en la tierra, y se lanza a la conquista de los espacios respondiendo a ese impulso que mueve la libertad.

Por eso, el mundo del futuro lo creo constituido sobre estas coordenadas. Primitivismo —libertad y espacio vital— cosmos.

La abundante ciencia-ficción sobre el futuro es como un vaticinio de acontecimientos sin nacer. Pero es indudable que si nos detenemos en el estudio de los factores comunes podrán deducirse varios elementos interesantes para cualquier estudio serio y consciente del problema.

Como factores positivos podría señalarse el desarrollo de la personalidad, el individuo que obtiene sus posibilidades máximas. Hasta hace poco tiempo la fuerza de la mente, la energía cerebral, era materia desconocida y poco relevante para la ciencia. En la U. R. S. S. existe actualmente un importante laboratorio para estas experiencias, que tratan de señalar los límites de esa fuerza que radica en la mente humana. Cualquiera puede comprobar los efectos de la transmisión de pensamiento, la acción y reacción que sobre otra inteligencia se puede ejercer, con un sistema conocido de concentración, en un momento determinado. La mente del hombre es, por tanto, un medio comunicativo poco desarrollado como otros sentidos que por su poca utilización sufren ciertas atroñas o anormalidades. Nuestras limitaciones son tan acentuadas, que parece admisible que el hombre primitivo gozase de mayor alcance en el oído, el olfato o la vista, por señalar algunos aspectos de esta limitación sensorial a que me vengo refiriendo.

Pero a ese desarrollo insospechado del individuo, se contraponen el concepto del Estado. La anarquía, última consideración sociopolítica del individualismo, no tiene por lo menos en la historia otro contrapeso de equilibrio que el Estado fuerte. Lo que parece lógico es considerar que ese desarrollo del intelecto se produzca en proporciones desiguales, aunque se implante la uniformidad y la masa predomine como institución social única.

Ya en la historia de las ideas pudo comprobarse lo distante que estaba de la realidad aquella psicología de la asociación de Condillac, con los claros precedentes de Locke. De que el alma era una tabla rasa, sin especiales características. Y luego era la educación la única que podía contrarrestar los vicios de las malas instituciones. Como si el hombre pudiera conformarse, modelarse, al antojo de un pensamiento superior. Cuando prueba la evidencia de los hechos que el hombre es el resultado de sí mismo y de su capacidad intelectual, de sus instintos, de su voluntad. La educación es un factor importante, pero nunca decisivo. Dos hombres sometidos a la misma educación, en el mismo ambiente, con iguales recursos, no tienen que producir idénticos resultados. Y ahí es donde radica la posibilidad de liberación en la era cósmica, a la que nos acercamos. Porque el hombre puede romper el sentido de la uniformidad, una de las características que señala el nuevo tiempo. Otra cosa será el aspecto externo. La originalidad es una cualidad poco frecuente. Ahora mismo un sector importante de la juventud apenas se distinguen unos de otros. El des-

aliño, el abandono que al exterior ofrece iguala al individuo en una masa de gente extraña.

En el futuro esta circunstancia tenderá a acentuarse. Las diferencias exteriores serán mínimas. En la China actual buscan este sentido uniforme hasta los altos dignatarios de aquel país socialista. Todos visten igual. En la Europa occidental el proceso ha ido a la inversa. Aquí un individualismo acentuado puede conducir a las mismas conclusiones y a iguales resultados, sin excluir ciertas influencias del marxismo, que tiende a suprimir los últimos vestigios de la sociedad burguesa.

## XII

### EL INCONSCIENTE

La nueva era cósmica, que es el futuro, viene determinada por unas fuerzas hasta ahora casi ignoradas, que residen en la mente humana. El padre jesuita Oscar González Quevedo, rector de la facultad de Parapsicología de Sao Paulo, afirma que «despertar las fuerzas del inconsciente en el hombre representará una catástrofe para la Humanidad». Freud analizó el subconsciente desde el aspecto del «líbido» o de las sensaciones eróticas, como un sistema terapéutico que ha dado base a la moderna siquiatria. Pero ese subconsciente parece bien diferenciado de esta otra fuerza, que radica en el inconsciente. Aquélla es una especie de cúmulo de sensaciones que surgen en los sueños, según los estudios de Yung. Este último representa una asociación formidable de ideas, que como tales tienen una onda expansiva y de comunicación natural. La mente es la gran desconocida de la ciencia que hasta en los actuales tiempos interesa desde sus aspectos anormales. Pero luego existen situaciones inexplicables, que tienen por razón y fundamento el cerebro del hombre.

La parapsicología es la nueva ciencia que pretende explicar aquellos fenómenos que no parecen razonables, ni pueden ser tratados para hallar sus causas por la ciencia conocida. Es como navegar en un mar de confusiones. Se encuentra más fácil razonamiento en la nueva era cósmica, hacia la que se dirige la Humanidad, porque este mundo del inconsciente conserva una auténtica fuente de energía. Es un poco referido a la materia, como aquella fuerza incontrolable que Einstein señaló en el átomo. El átomo es a la materia lo que el inconsciente es al espíritu.

Y lo que resulta comprobado es que el hombre está sujeto a una serie de fuerzas, tanto materiales como espirituales. Vive dentro de esa dualidad que le define. Cuerpo y alma. Materia y

espíritu. Como si consigo mismo librara constante batalla en la más profunda de las contradicciones.

Este afán de búsqueda de la potencia cerebral no es cuestión nueva, ni ha sido ligeramente tratada. Lo que sucede es que tales conocimientos se han desarrollado dentro de unas minorías que siguen con interés las investigaciones. Cray Walter, en su obra *El cerebro viviente*, llega a importantes conclusiones. Considera que no existe ningún hombre que sepa exactamente cómo venció por primera vez la dificultad de nadar, «y sin duda alguna los propios videntes más expertos no pueden explicar a los demás el secreto de remontar la corriente del Tiempo». Es decir, que con esta fuerza desconocida, hasta en su mismo alcance, no solamente puede llegar al conocimiento del espacio, sino también del tiempo, rompiendo de esta forma con una de las barreras hasta ahora infranqueables para el pensamiento. Porque el hombre, a través de su mente puede tener conocimiento de la coordenada del espacio, puede visitar países y conocer distintos lugares en el mundo, pero siempre dentro del estrecho marco de su propio tiempo. Pero salirse de él, para remontarse hacia el pasado o hacia el futuro —coordenada del tiempo—, es una aventura que todavía entra de lleno en la que hemos llamado, con cierto aire fantástico, ciencia-ficción.

Pero algunas personas parecen poseer unas dotes especiales de clarividencia. Que el diccionario de la Lengua lo define como «facultad de comprender y discernir claramente las cosas», pero que en el sentido a que me vengo refiriendo tiene mayor alcance. Porque es una facultad, que tienen unos pocos, para descubrir fenómenos que escapan a una observación normal. Pauwels y Bergier, en su libro *El retorno de los brujos*, refieren como caso excepcional de clarividencia el de Edgar Cayce. Actualmente existe una fundación con su nombre en Virginia Beach, que cuenta con destacados investigadores.

Veamos la referencia que de Cayce hacen los indicados autores: «El pequeño Edgar Cayce estaba muy enfermo. El médico rural estaba a la cabecera de su lecho. No había manera de sacar al muchacho de su estado de coma. De pronto, bruscamente, sonó la voz de Edgar, clara y tranquila. Y, sin embargo, dormía. Le diré lo que tengo. He recibido un golpe en la columna vertebral con una pelota de beisbol. Hay que hacer una cataplasma especial y aplicármela en la base del cuello. Con la misma voz dictó la lista de plantas que había que mezclar y preparar. De prisa, pues el cerebro está en peligro de ser alcanzado».

Muchos podrían ser los ejemplos que podrían citarse. Pero creo que a mi empeño con lo dicho es suficiente. Es más creo que cada uno de nosotros, a lo largo de nuestras vidas, hemos tenido algún caso de precognición o de clarividencia. Y todavía nos seguimos preguntando por una explicación razonable.

### XIII

#### ESQUEMAS SOCIALES

La sociedad es una agrupación necesaria de seres humanos que se hacen la vida imposible. Pero esta sociedad, por sus fundamentos naturales, se encuentra constituida de muy diversa forma, aunque en su comparación con las otras sociedades de las variadas especies ofrece en el hombre dos características que pueden ser esenciales. Su mutabilidad, el cambio constante que proporciona el hombre desde la primera infancia al ser adulto y su sentido de adaptabilidad, que en cierta forma altera el mundo ecológico en que se desarrolla, vive y muere.

Mackenzie, en su tratado *Política y ciencia social*, afirma que la organización social puede considerarse una prerrogativa de los vertebrados. Y ya dentro de la organización social, «algunos biólogos —dice— han sugerido que el hombre estuvo en otro tiempo gobernado por la misma mano invisible; sus afirmaciones implican que, insitos en el hombre natural, había controles de agresión y controles de población que han de redescubrirse para que el hombre como especie sobreviva a la actual crisis de agresión y de incremento de la población».

Y es que la sociedad del ser humano no solamente se encuentra en crisis, sino en serio peligro de desaparecer de la tierra. Continuamente se habla y escribe sobre medio ambiente; pérdida de recursos naturales; polución en las ciudades y devastación vegetal en los campos. Pero el fenómeno tiene que responder a causas más profundas y a circunstancias más determinantes. Entonces tenemos que recurrir al estudio de los esquemas sociales sobre los que se fundamenta la vida de la humanidad. Porque en otras sociedades inferiores, la subsistencia, depende de tal forma del medio, que constituye hasta su propio desarrollo funcional. Y aquí es

donde comienza el riesgo. Porque el hombre ha logrado con la aplicación de su inteligencia —indudable en el terreno tecnológico— la obtención de recursos que podemos definir como «artificiales». De aquí su facultad de adaptación de que carecen las demás especies de vertebrados, incluso los más desarrollados socialmente. Si a cualquier animal —menos al hombre— le trasladamos de su medio ecológico vemos que no puede sobrevivir al faltarle los medios indispensables para su misma subsistencia, aparte de las dificultades que le ofrecen el terreno, el clima y otras condiciones determinantes, no es necesario —a mi parecer— extenderme en estas consideraciones, que la simple observación del mapa ecológico de las especies ponen de natural evidencia. En todas esas zonas existen especies que en otras ni tan siquiera pueden reproducirse, tal como hoy señala un conocimiento más profundo de la vida de los animales. Sin embargo, el hombre, rompiendo todas las leyes naturales, sale de su propio medio para vivir en otro muy diferente. De tal forma, que si bien originariamente buscó el asentamiento de sus poblados cerca de los ríos o en las zonas más fértiles, este principio, por una población que desborda todos los pronósticos, no tiene aplicación generalizada. Hoy ocupa zonas extensas, desérticas, incluso poco salubres, de escasa vegetación y de pobres recursos naturales. La industria le crea los productos en serie, y su alimentación, por poco que nos detengamos en su análisis, constituye la grave enfermedad de una civilización que perdió hace tiempo sus mayores posibilidades.

La población actual del mundo es superior a la de toda la humanidad desde la aparición del hombre. Han desaparecido aquellos «controles de agresión y controles de población» a que se refería en su obra Mackenzie. Y tal vez ello sea signo de superioridad sobre las demás especies. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones. Precisamente esa superioridad, aparente o real, es la que determina el final de una civilización y el comienzo de la era cósmica, que es el futuro artificial que el hombre está creando para él mismo y su descendencia.

Porque si el hombre no hubiese podido salir de aquel paraíso que perdió por su propia soberbia se hubiese desarrollado igual que los primates o los gorilas, con un sentido funcional relevante. Porque la ecología está en relación de esas funciones que trazan la línea de alimentos indispensables para las diversas especies. El hombre ha rechazado la naturaleza. Es más, le ha parecido fácil prescindir de aquellos elementos que fueron básicos para la vida del hombre primitivo. Una civilización tecnificada le ha llevado a la

conclusión de que le es posible vivir en otros planetas, a los que sueña conquistar como terreno propio. Y nadie duda hoy de que será posible. Lo que pocos han pensado es que el hombre nació en la tierra y vuelve a la tierra. De que sus espacios vitales cada día son más limitados, y que puede llegar un día —está llegando a muchas regiones de la tierra— donde se carece de los más elementales medios para sobrevivir.

Por eso el hombre, pese a que su instinto no está alertado como en otras especies, advierte en sectores todavía minoritarios que su error ha sido alejarse de la naturaleza. Ese afán de primitivismo que se comprueba en la actualidad responde en buena parte a esas deducciones o a ese sentimiento de fracaso que ha producido la misma civilización en sus últimas consecuencias.

## XIV

### LA SOCIEDAD DEL FUTURO

La ciencia ficción, a la que ya me he referido, se nutre de esas especulaciones que hoy se vienen forjando sobre el mundo del futuro. Pero no es un problema de imaginación si centramos el tema sobre la base de los datos que una información correcta nos proporciona el mundo actual. Hay que tener en cuenta que también la historia aparece deformada, porque el hombre no pudo vivir el acontecimiento de ayer. La única ventaja del estudio del pasado es que partimos de un sistema deductivo y, por tanto, con menos margen de error. Al futuro, en cambio, hay que aplicarle un sistema inductivo, tan sujeto siempre a diversas interpretaciones. Sobre los acontecimientos históricos podemos deducir determinadas consecuencias. De los hechos de hoy podemos inducir cuál será ese posible futuro que espera a la humanidad sobre el tiempo.

Aunque la civilización está agotando sus posibilidades, una nueva ciencia señala el vértice máximo de su creación. Un afán primitivo puede conducir al hombre a la búsqueda de su energía; al desarrollo de ese potencial que conserva en su mente y cuyas consecuencias son imprevisibles. Abandona la naturaleza, inservible en buena parte; tiene que refugiarse, como último reducto, en la ciencia. Una ciencia superior, aplicable a las mil formas de la vida. Y como consecuencia el nacimiento de una sociedad uniforme que, llegado a los últimos extremos del individualismo, la anarquía retorna a la creación del Estado fuerte, a aquellas fórmulas de la democracia totalitaria. Quiero pensar que siempre habrá alguien que sueñe con la libertad, que haga posible la libertad, tan difícil.

Y por último ese hombre del futuro se encontrará, a la vista de los datos que tenemos, con la necesidad de crear una nueva na-

turalidad o de descubrirla. Un paraíso artificial o de horizontes casi inexplorados. Ya se está pensando en las posibilidades de ofrecer el fondo del mar para la que podemos llamar agricultura acuática, el aprovechamiento de las algas y las utilización de nuevas especies.

Es arriesgado vaticinar sobre el futuro; vamos hacia un nuevo humanismo, donde el hombre va a desarrollar su mayor potencial de energía, que radica en sí mismo; va a vivir en un medio artificial y en una sociedad organizada con firmes estructuras. Y es que el desarrollo de la personalidad tiene en la historia el contrapeso de una sociedad progresiva y a su vez absorbente.

Porque la conquista del espacio, la llegada del hombre a Júpiter, Saturno o cualquier otro planeta no parece resolver los problemas básicos. Al contrario. Se habrá experimentado una alteración sensible del medio, y la especie habrá perdido su razón de sobrevivir como tal especie. Hay que tener en cuenta las alteraciones biológicas que los animales sufren al menor cambio de su ecología. Incluso mamíferos que viven en la superficie de la tierra no se descarta la posibilidad que con otras formas viviesen en el mar. Entonces el hombre podría ofrecer características bien diferentes al hombre de hoy. Pero como he indicado, cualquier deducción en esta difícil aventura nos puede llevar a la ciencia-ficción, y lo más interesante es que pueda ser realidad, aunque nosotros estemos muy lejos de comprobarlo.

Pero para comprender mejor ese futuro o para acercarnos a él con cierto criterio aproximado tenemos que partir de una situación actual insostenible: el crecimiento desproporcionado de la humanidad.

Ortega ya señalaba la presencia de las masas hasta en los reductos antes reservados al individuo —aislamiento considerado—. Mackenzie, al tratar de este tema, dice que «si la población mundial continúa proliferando sin trabas se duplicará a cada generación, aumentando en proporción geométrica hasta que llegue a tropezar con algún obstáculo. La biología social ha descubierto que en muchas especies de animales (por ejemplo, los conejos) existen mecanismos de autorregulación, tanto sociales como físicos, que detienen el incremento de la población cuando ésta presiona sobre los recursos en zonas delimitadas. Sin temor a dudas puede decirse que el hombre carece de tales salvaguardias innatas, y que su única defensa natural radica en las adaptaciones sociales que se piensen y se decidan en virtud de una conciencia, al menos parcial, de la necesidad».

Aunque los sistemas actuales, en su mayoría, excluyen el control de la natalidad, es evidente que por esa falta de autocontrol el hombre del futuro tendrá que significarse en tan arriesgada materia.

Si de algunas ventajas habría de hablarse para el mundo de mañana, creo que todas ellas radican en el conocimiento. La ciencia es el descubrimiento constante del misterio que rodea al hombre. Es como encontrar la luz, esa luz que para su inteligencia pedía Goethe en el supremo instante. Es la búsqueda de la verdad, que si no es la felicidad misma se le parece. Porque la felicidad se identifica con la verdad. Quizá por eso sea tan difícil alcanzarla.

## XV

### DIMENSIÓN DESCONOCIDA

Ya hemos analizado, aunque en líneas generales, la influencia que en el futuro va a tener esa fuerza desconocida que radica en la mente. Un nuevo humanismo, con el aparente contrasentido, de que en el propio hombre va a incidir la energía creadora. Hasta nuestros tiempos se ha estimado el mundo desde la concepción objetiva, material que descarga todas sus posibilidades en el aprovechamiento de los recursos naturales, o desde la concepción subjetiva, confiando en el hombre su sentido constructivo y creador. Objeto y sujeto. Materia o naturaleza y el hombre. A partir de ahora, en cambio, con esta transformación, tan profunda de las nuevas teorías, con esta filosofía del nuevo humanismo, se simplifica para la ciencia el dualismo existente. El objeto y el sujeto, la materia y el hombre, que quedan identificados en un mismo vértice de posibilidades. Porque el hombre, sin salir de sí mismo, va a obtener unas fuentes de energía cuyo alcance ignoramos, pero cuya trascendencia intuimos a la vista de los datos que ya poseemos dentro de una ciencia experimentada.

Por eso los principios de la lógica, sistema racional de mejor fundamento, aquí no parecen válidos, ni tan siquiera aplicables a esa ciencia futura; esa filosofía que ya contempla las estructuras de un mundo con límites de insospechado alcance. Así, si analizamos las teorías de Aristóteles, aceptadas más tarde por la Escolástica y Santo Tomás, la verdad razonada se basa en el silogismo, que es un argumento con dos premisas de sujeto predicado que tienen un término en común. Este término intermedio desaparece en la conclusión o, lo que es lo mismo, que la palabra o frase de enlace termina por desaparecer para proporcionar el resultado. Sobradamente conocidos de los estudiosos y del lector interesado en

estos temas para repetir aquí los clásicos silogismos, por otra parte innecesarios a nuestro propósito. Pero sí es indispensable añadir que el propio Aristóteles comprobó las posibilidades de error de su sistema al introducir lo que denominó «axioma», que son las que considera verdades indiscutibles, principios inalterables. Y es donde entra esa nueva dimensión de futuro. Porque en el juicio de esta era cósmica el contacto con otros planetas, el descubrimiento de una fuente de energía insospechada que la mente del hombre produce, como al comienzo de los tiempos, tal inseguridad en las verdades irrefutables, incontrovertibles, que podemos decir con escaso margen de error que no existen axiomas, no existen verdades indiscutibles salvo la que traza el origen mismo del mundo y de la vida del hombre y de las especies. Porque aquellas diez categorías aristotélicas, y que han servido a la filosofía de todos los tiempos, quedan sujetas a profundas y serias revisiones en el futuro. Sustancia, cualidad, cantidad, relación, lugar, tiempo, posición, estado, acción y pasión. Y la razón parece evidente. Hay una nueva idea del espacio y del tiempo. Los filósofos, hasta los más recientes, han partido de dos ordenadas, una en función de la otra. El espacio reducido al planeta Tierra, en horizontal, y el tiempo dentro del que vivimos, en vertical. Ahora el sujeto es infinito, como idea abstracta, y el tiempo está sujeto a estas consideraciones de la mente humana. La filosofía ha sido positivista —no podía serlo de otra forma—, y resulta que la más próxima a estas situaciones inesperadas podría ser la Teología, es decir, el tratado de Dios o la ciencia que busca las explicaciones más allá de la razón pura.

Pero la transformación va a afectar a toda la ciencia, porque incluso las matemáticas ve rebasados sus cálculos de probabilidades en su aplicación a la era cósmica, donde solamente conoce los datos más insignificantes de un planeta insignificante.

El Derecho, por ejemplo, si aparecen pueblos extraterrestres, va a experimentar una transformación total. Y la formación de los Estados. Y las costumbres... Y la propia vida.

El hombre buscó durante mucho tiempo la piedra filosofal, que era aquel principio de la alquimia —la ciencia química conocida de entonces— que afirmaba la posibilidad de transformar los metales inferiores en el más preciado —el oro—. Hasta que comprendió que por aleaciones o por cualquier otro sistema era imposible lograr ese propósito.

Pues en la misma forma, y llevando la intención al terreno de las ideas, en este largo proceso que vamos analizando el hombre

ha buscado, sigue buscando la cuarta dimensión. Seguramente porque sigue ignorando aspectos importantes de su propia parcela, de su mundo interior, y con frecuencia se hace una serie de interrogantes que no tienen respuesta y que a mí me parece van a tenerla muy pronto. Porque en este nuevo Humanismo que se inicia en estos años últimos del siglo xx, esas interrogantes figuran en cuestionarios básicos y fundamentales de la ciencia en los países más avanzados. La prueba está en esa Fundación de Virginia Beach, en los Estados Unidos de América; los laboratorios de la URSS dedicados al estudio de la energía de la mente humana y a la Facultad de Parapsicología de São Paulo (Brasil), como claros exponentes de esta auténtica revolución de la ciencia a que me vengo refiriendo.

De una manera lógica entre las coordenadas de «su» espacio, de «su» tiempo el hombre encuadra su vida, delimita en forma eficiente el período biológico que le corresponde vivir. Pero con esta aplicación nueva de la mente está entrando en una dimensión —cuarta dimensión— hasta ahora desconocida. Porque si tiene posibilidades de clarividencia hacia el futuro, está rompiendo con la dimensión clásica del tiempo, y si es capaz de tener una visión futuro de un acontecimiento o de recibirlo de las ondas del pasado, sobre países nuevos o países desconocidos, está rompiendo también con la dimensión del espacio.

## XVI

### ESPÍRITU Y MATERIA

Está en los libros sagrados, pero el hombre, en su afán de superación o de soberbia, según se contemple el problema, había llegado a una separación o disyuntiva tan acentuada entre materia y espíritu que casi hemos llegado a creer que son dos conceptos irreconciliables, dos ideas discrepantes. Spinoza, aquel filósofo judío-holandés del siglo xvii, ya pensaba frente a Leibniz que el espíritu y la materia son aspectos de una misma sustancia. Y en este sentido que venimos analizando las ideas podría considerarse a Spinoza un precursor de los nuevos tiempos. Porque resulta que la materia y el espíritu no se hallan tan distanciados ni son al descubrimiento de los últimos avances de la ciencia y la técnica tan discrepantes como se nos han presentado o querido presentar con la mejor buena fe y el más equivocado de los criterios.

El hombre mismo ya es una unidad casi perfecta de esos dos elementos : materia y espíritu. Pero es que si pueden producir esa unidad no puede tener otra razón sino que proceden de una misma sustancia. Otra cosa sería que cualquiera de los dos, automáticamente, rechazaría al otro. Lo que sucede es que históricamente —y por razones doctrinales o dogmáticas— hay quien ha destacado o hecho prevalecer el espíritu sobre la materia o a la inversa. De aquí que sin nadie proponérselo se haya producido una especie de lucha interna entre dos parcelas bien definidas del ser humano sin que pase de ser una pretensión de buen recurso literario, pero de escaso valor científico o filosófico.

Por eso se equivoca Unamuno en esa aparente contradicción que le parece comprobar entre su inteligencia o razón, que le dice que no, y su corazón o sentimiento, que le dice que sí. No existe dualidad posible. La contradicción está en el hombre mismo, en su propia sustancia, y de la cual son aspectos bien señalados la

materia y el espíritu. Y cuando se equivocan o cuando aciertan lo hacen a la vez, sin posibilidad alguna de controversia interna.

Las dudas surgen en el espíritu y también en la materia. Las contradicciones son las actitudes que al exterior adopta un ser indeciso y temeroso, que es el hombre. Pero es que esa identificación de la materia y el espíritu viene ahora confirmado con esa nueva energía que radica en la mente y que puede constituir una catástrofe para la humanidad, según el padre jesuita González Quevedo, de la Universidad de São Paulo (Brasil). Porque si la mayor energía radica en la mente, y la mente se ha considerado como centro vital del espíritu, estamos afirmando que la materia y el espíritu son una una misma cosa o que pertenecen a una misma sustancia.

Esto nos llevaría a una revisión de conceptos que se han tenido como tradicionales, como, por ejemplo, el que los malos propósitos, los pecados, lo malo del ser humano se aplique a la materia, y lo bueno, los gestos generosos y altruistas al espíritu.

Es hora de hacernos justicia. Es el hombre integral el que piensa, siente, padece, sufre, acierta, comete errores. No existan parcelas en su acción y reacción constante. Biológicamente está compuesto por organismos distintos, que en forma diferente desarrollan su ciclo vital. Pero, como hombre, todos esos aspectos se unifican en su conjunto para el desarrollo de la vida normal. La materia y el espíritu están actuando bajo un mismo impulso, con un mismo sentimiento, bajo las mismas ideas. Y si los impulsos, los sentimientos y las ideas son buenas o malas es porque el hombre es bueno o es malo, es inteligente o escasamente dotado de cerebro. Y cuando tiene dudas en su actuación no es por contradicciones de parcelas interiores, por discrepancias entre materia y espíritu, sino porque el hombre integral es un ser contradictorio y al exterior, no puede ocultar sus escasos méritos para ser el más privilegiado de la Tierra.

Incluso cuando se afirma que la mente se ofusca o que el hombre no razona con suficiente criterio y sin embargo actúa con singular violencia, lo que está sucediendo no es que la mente pierda sus reflejos, sino que no utiliza los medios normales de que dispone para la reflexión. El demente no sabe lo que hace, pero existe una inteligencia, por supuesto extraviada, que le está llevando a esos actos de violencia, al parecer incomprensibles. La prueba está que cuando el hombre pierde totalmente su inteligencia —y el cerebro no emite ninguna orden al resto del organismo— el hombre sobrevive a duras penas, y cuando lo hace es como un ser vegetativo, sin ninguna reacción aparente.

## XVII

### FUENTES DEL CONOCIMIENTO

Así como la materia y el espíritu, a la vista de la nueva ciencia y los nuevos descubrimientos, no parecen constituir esa dualidad irreconciliable que hasta la fecha se le ha concedido, la dualidad en las fuentes del conocimiento, que señala Santo Tomás a través de su obra la *Summa Theologica*, debe aplicarse a nuevas actualizaciones. Esa dualidad que analiza Bertrand Russell en su libro *La sabiduría de Occidente* y al que me referiré más adelante.

«Primero, como antes, tenemos la razón que extrae su alimento para el pensamiento de la experiencia de los sentidos. Existe una forma escolástica muy conocida que dice que no hay nada en el intelecto que no estuviese antes en la experiencia sensorial. Pero además existe la revelación como fuente independiente de conocimiento. Mientras la razón engendra conocimiento racional, la revelación da fe a los hombres... La existencia de Dios, sin embargo, aunque puede establecerse también dialécticamente sobre una base racional (la revelación), y dirigidos a este fin encontramos varios intentos de probar esta proposición.»

En este proceso a las ideas, el pensamiento de Santo Tomás y su proyección en torno a una teoría del conocimiento (1225-1274), aparte la problemática teológica que aporta, nos interesa, desde el aspecto razonable de una actitud, que no excluye ese sentido aristotélico de lo racional, en medio de un mundo de sombras y contrasentidos. Porque analiza los particulares para llegar a la existencia de Ser Supremo. Estudia los efectos para vislumbrar la causa y deducirla en razonamiento lógico.

Y es interesante comprobar que siete siglos después tenemos que aceptar que no hay otro camino, salvo un criticismo excép-

tico que elegir esa dualidad de conocimiento. La razón de una parte; la fe, de otra. El conocimiento que proporciona la ciencia a través de los argumentos que fundamentan las ideas; y el conocimiento que proporciona la fe, en buena parte revelada según la doctrina tomista. De esta forma parece reservado a la filosofía el razonamiento que permite llegar a determinadas conclusiones. A la teología, sin prescindir de los sistemas filosóficos tradicionales, parece reservada todo lo que constituye materia de fe a través de esa misma revelación.

Pero mi propósito —sin deseos de extenderme en una materia más propia a otros estudios— es señalar esa actitud razonable de un pensamiento tradicional, en un sector, tan importante como constituye la religión católica en particular, y las demás religiones cristianas en general. Porque el hombre de hoy está a punto de iniciar una nueva teoría del conocimiento a partir de unos datos hasta ahora ignorados. Va a empezar una carrera hacia el futuro donde sin perder posiblemente la base firme de sus convicciones, tiene que comenzar a construir su propio sistema. Un sistema de adaptación que tenga la flexibilidad suficiente para ir acumulando las nuevas circunstancias de esas dos coordenadas en las que comprende su vida, el espacio y el tiempo. Las ideas de lo universal y de lo particular han quedado totalmente transformadas. Lo universal en ese concepto pitagórico de las matemáticas, rompe cualquier posibilidad de aproximación, teniendo en cuenta los espacios infinitos de los planetas y los sistemas solares. Lo particular, hasta llegar a la desintegración del átomo en panorámica de insospechado alcance. Y si avanzamos en esa posibilidad de seres extraterrestres, nos encontraremos que una buena parte de la filosofía, una buena parte de la razón queda desarticulada al pretender sus bases inalterables y definitivas.

Hasta ahora el concepto de lo universal tenía la idea más amplia sobre fundamentos físicos, geográficos, humanos conocidos. Desde ahora lo universal va a tener que concebirse desde aspectos y ángulos bien distintos, y lo que hace más difícil la tarea es que en esta era cósmica que iniciamos pocos son aún los datos ciertos, los elementos integrantes de la nueva concepción del mundo.

Bertrand Russell considera que el sistema filosófico tomista «adolece del hecho de que sus conclusiones procuran estar indefectiblemente de acuerdo con el dogma cristiano». Pero no es justa esta apreciación, cuando los hombres de pensamiento, los filósofos tratan de llegar siempre a sus propias conclusiones. Y cuando

no lo hacen es porque carecen de medios intelectivos suficientes para llegar a esas supuestas conclusiones. Pensar en un ejercicio de la mente que conduce a alguna parte. No se entiende la existencia de un río, sin el mar profundo que le espere al final de su cauce.

Entonces el hombre de hoy tiene que preguntarse ¿cuál será mi camino?, ¿de dónde tengo que partir para alcanzar un final deseable? Cada uno tiene que elegir, libremente (con el concepto de libertad ya expuesto) el propio camino. Es una acción que requiere volver atrás, a la naturaleza pura, al sentimiento más sano, a la mente más lúcida. Porque el hombre necesita retornar al ejercicio de la razón que radica en esa mente prodigiosa, apenas conocida, casi nada desarrollada. La realidad es que se le han proporcionado demasiados axiomas, demasiadas verdades para una ciencia insegura, sometida a actuales revisiones. Y tiene, por sí mismo, que construir una teoría del conocimiento, que retornará a ser objetiva, partiendo del principio cartesiano de la existencia. Pero con los índices concretos que forma esa coordenada de «su» espacio y de «su» tiempo. Porque de los conceptos más o menos universales, hemos descendido al individuo, para desde éste construir y realizar el nuevo humanismo del futuro.

## XVIII

### LA REALIDAD Y LAS APARIENCIAS

Por lo que llevo dicho podría estimarse que el hombre se va a encontrar ante la era cósmica, en la que entramos, inseguro, indefenso y sin recursos para iniciar el nuevo camino de la existencia. Lo que ocurre es que tendrá que revisar lo que se le ha dado como axiomas y verdades inatacables. No porque no hayan servido en épocas anteriores. Sino porque ante un mundo totalmente diferente tiene que aplicar su inteligencia con renovados criterios para buscar la luz, para encontrar la base firme, desde donde partir hacia una nueva teoría del conocimiento.

Si el punto de partida es el propio hombre, habrá de situarse entre esas dos coordenadas del espacio y él tiempo para hallar su momento histórico. El hombre es un ser que vive en la tierra, donde ha nacido de la conjunción biológica de dos seres reproductivos de la misma especie, en un determinado tiempo, que se inicia al instante del nacimiento y finaliza con la muerte.

Con ello obtenemos su enclave vital que determina una realidad objetiva y subjetiva a un tiempo. Objetiva en cuanto representa un hecho natural. Subjetiva en cuanto produce la conciencia de la vida.

De esta forma cabría invertir los términos del principio cartesiano para afirmar que existo, luego pienso, medito, reflexiono, desarrollo una acción, recibo imágenes, descubro panorámicas, tengo sensaciones. Se podría decir que es un principio tan elemental que sin su afirmación no podríamos seguir el discurso contemplativo del mundo que nos rodea. Pero llegado ese momento el hombre no se limita a ocupar un espacio y vivir dentro de un determinado tiempo.

Desde la infancia empieza a captar en torno suyo un mundo

diversificado, con nombres en todos los idiomas. De pronto descubre que las cosas tienen nombre que les identifica, como algo natural y propio. Y aquí empieza a distinguir la realidad de la imaginación. Los hechos que puedan ser auténticos de aquellos otros que sólo existen en la fantasía, en los sueños, o en el subconsciente.

Para analizar los primeros, que son los que determinan la realidad, es necesario comprender que efectivamente existe una deformación visual e intelectual de cuanto nos rodea. Las cosas no se presentan tal como son objetivamente y en detalle. Pero el hombre ha ido creándolas dentro de esa deformación para proporcionarles una visión real y más auténtica. De tal forma que podemos llegar, sin mayores errores, a la conclusión de que las cosas tienen una apariencia real y verdadera. Son aparentes en cuanto, objetivamente consideradas, no pueden captarse en su completa dimensión. Son reales en cuanto adquieren la apariencia necesaria para ser identificadas y comparadas. El hombre, de esta manera, tiene conciencia de los objetos que le rodean, y los compara con otros, y los selecciona. Y todo ello dentro de un proceso intelectual que no requiere esfuerzo alguno. Sabe de la finalidad práctica de cada cosa y de cada objeto. Los distingue entre sí y llegan a constituir la proyección hacia el exterior de su misma vida.

Lo aparental, por tanto, es la realidad, sin que por ello varíe esencialmente. Si advertimos las apariencias de las cosas y hemos logrado agruparlas, según su finalidad y sentido, quiere decir que la verdad es la apariencia, que es la imagen tal como se presenta a nosotros.

No constituye problema para el conocimiento el hecho comprobado de la aparición de nuevos objetos y nuevas cosas. La mente tiene tal sentido de adaptación que las acepta en el acto, y le resulta natural su inclusión en el mundo que nos rodea. Porque mientras queda en el proyecto o permanece en la idea subyacente está en el período embrionario, hasta su nacimiento a la realidad objetiva. El hombre de hoy se encuentra en el dilema de la aceptación limitada para no incurrir fácilmente en el error. Las cosas entran en su mundo visual e intelectual a medida que se convierten en algo existencial. Y la existencia ya sabemos que viene señalada entre dos coordenadas de espacio y tiempo, extensivo incluso a los seres inanimados. De esta forma los elementos de la vida se convierten en objetos reales, sin que sirvan de fundamento para nadie. La tierra, el agua, el fuego.

Porque todo ello permanece ahí durante largos períodos de tiempo. Y es que el hombre en este futuro que se vislumbra empieza a dejar de interesarse por el mundo exterior para construir la teoría del conocimiento. Ha estado durante muchos siglos buscando las razones de la existencia de la misma vida, en un análisis casi obsesivo del mundo en que vive. Y parece haber descuidado lo más importante. El conocimiento de sí mismo, a través de su mente. Porque la biología, la física, la química, las matemáticas, la medicina, han facilitado los datos casi completos de la estructura del ser humano, de sus reacciones íntimas, de la fuerza de sus pensamientos y de la energía que conserva en su mente. Porque la biología, la química, la física, las matemáticas, la medicina, han facilitado los datos casi completos de la estructura del ser humano, de sus reacciones físicas y de su entramado biológico. Pero sabemos muy poco de sus reacciones íntimas, de la fuerza de sus pensamientos y de la energía que conserva en su mente. Es interesante comprobar que el hombre sabe mucho más de las otras especies que de la suya propia. Que conoce o puede adquirir la ciencia que profundiza en los mil aspectos de una naturaleza a punto de rebelarse.

Pero que llegado el momento se ignora a sí mismo. No es capaz de autocontrol y la voluntad se deshace al menor esfuerzo. Hay momentos que actúa a impulsos de desconocidas motivaciones, y él mismo se asombra y extraña al salir de sus límites habituales. Por eso este nuevo humanismo apunta, sobre todo, hacia un protagonismo eficiente; hacia un conocimiento total y profundo de este ser contradictorio que es el hombre.

## XIX

### LA NATURALEZA

En esa especie de contrapunto de la vida, la contemplación exterior alcanza, de una parte, la existencia de una sociedad más o menos organizada, pero sujeta a determinados estímulos; de otra, la naturaleza como consecuencia objetiva y superior de algo que permanece más allá de la voluntad del hombre. El individuo, al nacer y desarrollarse en sociedad, con unas leyes determinadas y unas estructuras rígidas, apenas puede obtener ninguna enseñanza, porque dentro de ella es difícil analizarse, con criterio imparcial, y sin poner pasión que determina su propia fuerza.

Por eso la naturaleza es la experiencia sensible, «histórica», en que el hombre puede, desde fuera, lograr su propia experiencia en el acontecer. Y es que la historia como relato de acontecimientos pasados requiere la imaginación y la memoria. En cambio, la naturaleza, igual siempre, permite lo mismo contemplar los escenarios y el paisaje de la humanidad de ayer, como ya vislumbra la que podrá contemplar la humanidad de mañana. Estamos ante un concepto del espacio si no permanente, porque la expresión me parece demasiado pretenciosa, sí por lo menos ante un concepto del espacio que va más allá de nuestro concepto de tiempo. Por eso nos resulta asombroso visitar las catacumbas de los antiguos cristianos, las de San Calixto, en las cercanías de Roma, o los montes donde se produjeron las batallas napoleónicas o las ruinas de la resistencia de Numancia, o las calles angostas de Jerusalén por donde Cristo pasó hacia el Pretorio. La historia está un poco como prendida a la naturaleza de las cosas; a los espacios cortos o infinitos de los paisajes.

El fenómeno que proporciona este sentido de equilibrio en la

naturaleza está en el milagro de su misma renovación incesante. Cada primavera trae otras flores, que nos parecen las mismas, como si todo este tiempo hubiesen estado ocultas en la tierra, y salieran de pronto a la superficie. No advertimos que las otras murieron en la planta o en el árbol. Imaginamos que todo es igual porque todo nace a la vida en la misma forma, en iguales circunstancias. La naturaleza ofrece el espejismo de la proyección sobre el tiempo. Pasa algo así como en la sociedad humana y en las demás especies. No significamos la muerte del individuo porque la sociedad continúa, las grandes ciudades con sus aglomeraciones, y en cada sitio, sin notarse la ausencia, la activa organización de un mundo indiferente. Las masas absorben al individuo, y señalan su aparente insignificancia. Pero el individuo es el ejemplar de la fuerza, el centro vital del comienzo. Como el árbol, que es fundamento del bosque.

Emerson, en su ensayo sobre la naturaleza, analiza sus características. «Movimiento o cambio e identidad o descanso—dice—son el secreto primero y segundo de la naturaleza: movimiento y descanso. Todo el código de sus leyes se puede escribir en la uña de un dedo o en el sello de un anillo... La naturaleza es siempre consecuente, aunque finge contravenir sus propias leyes. Ella guarda sus leyes y parece violarlas.»

Y es que la naturaleza ofrece en su interior una constante movilidad, pero a quien la contempla produce el natural descanso de su aparente calma. Hay como un aire sosegado que nivela la crisis interior del hombre. Se podría añadir que nada tiene tanta movilidad, tanta vida y muerte como la naturaleza, pero guarda una resignación extraña. No existe pasión en sus impulsos, ni esos cambios bruscos y alteraciones que experimenta el ser humano.

Por eso la naturaleza es una experiencia ganada por los que viven más cerca de la tierra en su expresión más primitiva. El labrador y el hombre que vive lejos de las ciudades, en pleno campo, tienen ante sí la misteriosa renovación de los días y las noches, en la pequeña arboleda, en los cultivos, en las siembras y recolectas, en los viejos caminos perdidos del silencio que medita.

De aquí que la naturaleza sea una experiencia vital. El hombre deja el mismo paisaje que otros encuentran. En las ciudades es diferente. Se transforman al paso de las nuevas técnicas, y difícil es reconocerlas, después de largas ausencias. El campo, sin embargo, está ahí, esperando siempre. Con sus llanuras inmensas o montañas de particular relieve, y la vegetación que surge

en apariencia idéntica. Por eso los pequeños pueblos y caseríos hacen historia porque es la propia historia conservada. Es como si tuviesen una fuerza especial de proyección hacia el pasado. Quizá por ese sentido, tradicional, que vive el hombre junto a la tierra; junto al árbol de profundas raíces.

## LA VERDAD OBJETIVA

La verdad se presenta con tal fuerza, con tal sentido convincente, que es fácil distinguirla. Lo que ocurre es que la verdad, así, a secas, objetivamente considerada, tiene un valor relativo. La verdad, como otras circunstancias fundamentales de la vida, empieza a tener consideración real cuando el hombre las hace suyas, cuando se las apropia, y se compenetra con ellas. De esta forma, la música, por ejemplo, comienza a ser un arte aprendido cuando alguien la interpreta o cuando alguno la entiende en su misma inspiración. Existe para quien la música, Brahms, Listz, Beethoven o Juan Sebastián Bach, constituye una difícil armonía superior a su empeño. Para éstos la música no alcanza plenitud de belleza, y lo que es más importante, carece de sentido. La música, para ellos, deja de ser una verdad porque lo verdadero está en sus sentimientos y sus ideas.

La cultura es otra cuestión aparte. Se puede ser culto y no estar dotado de esa sensibilidad especial para captar la verdad musical, siguiendo este ejemplo. Entonces parece como si la verdad objetiva necesitase de ciertos medios para transmitirse al hombre. Las cosas están ahí, situadas desde el comienzo de los tiempos. Luego ha ido descubriendo su especial significado. La invención es, en cierto modo, el descubrimiento de la verdad objetiva. Unas veces surge como consecuencia de una labor investigadora, pero en muchas ocasiones es resultado de la misma casualidad. Es como esa búsqueda en las minas de oro, que entre piedras surge el brillo del preciado metal. En aquel momento la verdad objetiva se confunde con la verdad propia o subjetiva, y surge el conocimiento, que es en cierto modo la certeza.

Porque la verdad, la falsedad, las ideas acertadas o erróneas,

están en función del ser humano. La prueba está que mientras no llega una verdad al conocimiento, ni se la estima, ni pertenece al mundo de la realidad. Así en los pueblos primitivos se creía que los dioses tenían una intervención directa en la vida de la tierra y de sus habitantes, y que ciertas cosas, como el agua o el fuego eran parte de esa misma divinidad. Tuvo que venir la ciencia a desvelar el misterio, y a ofrecer una verdad distinta. Pero cabría preguntar cuál de esas verdades era la auténtica para el hombre.

Emerson, en sus estudios sobre *La superalma*, dice que conocemos la verdad cuando la vemos, gracias al juicio, lo mismo que cuando estamos despiertos sabemos que estamos despiertos. Pero las cosas se producen de muy distinta forma. Porque a veces vemos la verdad y no la vemos, tenemos delante una realidad y la ignoramos. Y debe ser así. Y es así. Porque nuestros medios son limitados, y cuando hay desconocimiento, incultura, esa falta de datos elementales produce la propia incapacidad para el conocimiento. Y en otras ocasiones, una cultura dogmática, tendenciosa, firmemente orientada, impide el razonamiento que conduce a la verdad. La actitud, por tanto, para convertir la verdad en algo real, debe ser la comprensión serena y el análisis imparcial. Una especial investigación y observación sin prejuicio de clase alguna. Una búsqueda afanosa, leal a los principios de una humildad consecuente.

Por eso cuando la verdad no se percibe con plenitud de conocimiento, se transforma en motivo de frecuente discordia. La verdad a medias es la mayor de las mentiras. Y se produce el hecho de que captada una parte de la verdad el hombre piensa que la posee en su totalidad, y define aspectos parciales, inseguros y falsos en su mayoría. Por estas razones el mayor daño a la verdad se le causa por una pseudo-ciencia o por una investigación incorrecta. Durante muchos años ha prevalecido una filosofía, que ahora, ante los nuevos avances de la técnica, en esta nueva era cósmica, son inservibles, porque ha partido de bases falsas, que se creyeron auténticas. La propia historia de la medicina, pongo por caso, está llena de errores, y su misma superación consiste en ir descubriendo, a través de los años, esos errores que hoy serían inadmisibles.

Y es interesante comprobar que es precisamente en la ciencia donde la verdad objetiva ha sido difícilmente entendida. En el arte, en cambio, sujeto a la sensibilidad, no se percibe este error apreciable. El arte se transforma, pero cada artista, músico,

poeta, pintor, ha captado su verdad para convertirla en la realidad de su obra. La comunicación ha podido ser más o menos perfecta. La verdad ha podido ser más o menos traducida en el libro, en el lienzo o en el pentagrama, y de ahí radican las condiciones y dotes personales de cada individuo.

Pero de ello se deduce que la verdad ha sido mejor recibida por la sensibilidad que por la mente, lo que hace pensar que esta última ha sido poco ejercitada, o que el hombre se deja llevar más de sus impulsos y emociones que de sus juicios y razonamientos.

## XXI

### BIOLOGÍA HUMANA

El hombre no se puede sentir muy satisfecho de su biología, endeble, enfermiza, quebradiza a cualquier contratiempo. Sus diferencias esenciales tendrá que buscarlas hacia las de los mamíferos, en su inteligencia. Ningún otro animal, salvo el hombre, ha podido transformar el medio ambiente, hasta convertirlo en un producto artificial o industrial en muchos casos.

Según los estudios realizados por Pierre Paul Grassé: «Las clases de los mamíferos actuales se dividen en tres sub-clases: los monotremas, los más primitivos de todos, que se reproducen por incubación de huevos; los marsupiales, que paren las crías en estado larvario, acabando éstas su desarrollo en una bolsa marsupial exterior; y, por último, los mamíferos euterinos o placentarios, en los que el embrión alcanza su desarrollo completo en el útero, realizándose los cambios entre la madre y el feto por mediación de un órgano transitorio, la placenta.» De todos ellos se considera al chimpancé —según el citado autor— como el primate más próximo al hombre, y este antropeide es frecuente en las regiones selváticas y en aquellos lugares donde el ser humano apenas habita.

Pero el hombre rechaza cualquier proximidad o acercamiento espiritual con las restantes especies, a las que domina, esclaviza, mata y va eliminando, hasta lograr en algunos casos casi su total desaparición. Y esto no podría lograrlo con la exclusiva base de sus medios biológicos; porque es menos fuerte que el león, corre menos que la gacela, es menos ágil que el chimpancé y está dotado físicamente en condiciones inferiores que bastantes de las especies a las que desprecia o ignora, cuando no le son aprovechables para su alimentación, vestido u otros usos domésticos o industriales.

Pero las teorías de Darwin, con todo el interés que ello des-

pierta en científicos y naturalistas, representa en el fondo del problema una aceptación universal e innecesaria. Porque admitido que el hombre es un animal vertebrado, las consecuencias de su origen, tienen poca relevancia para su realidad y existencia, objetivamente considerada. El hombre está ahí, en una sociedad organizada por sí mismo, que le esclaviza y le convierte en un número de una cifra aterradora, si tenemos en cuenta que en la tierra viven más de tres mil millones. Y que la población actual ha crecido de tal forma que hoy vive en nuestro planeta mayor número de seres humanos que los que han habido en todas las épocas, desde su aparición en la era cuaternaria.

Por eso creo que nos interesa más a nuestro propósito el futuro que el pasado; el fin, que el origen de la especie humana. Aunque la mayoría de las religiones relacionan el principio del hombre con su fin último, buscando esa trayectoria intermedia que se llama la vida.

Pero la ciencia tiene que contemplar esa verdad objetiva a que nos hemos referido anteriormente. La verdad que captan los sentidos, a través de la mente, y esa verdad es la existencia en el mundo de hoy, de un ser que se considera privilegiado, que destruye la naturaleza, que ha hecho un archivo de la cultura para llamarla historia de las ideas, y que conserva la mayor fuente de la energía hasta ahora conocida en su propia mente. Por eso podrá señalarse que el hombre es un ser culto, pero no me atrevo a utilizar la palabra «civilizado». Porque ha vivido a través de varias civilizaciones y sería aventurado afirmar hoy, por ejemplo, que el hombre de la Grecia primitiva era un hombre civilizado, teniendo en cuenta muchas de sus habituales costumbres. Lo mismo ocurrirá con la civilización que está a punto de desaparecer y que será interpretada de forma muy distinta por las generaciones venideras.

Pero desde este aspecto biológico, cualquiera sea el criterio sustentado para el origen de la especie humana, todos coinciden en su natural desarrollo, en especial, de su inteligencia. El medio que él mismo ha creado, contribuye en buena parte a ese desarrollo. Los medios técnicos y de comunicación le permiten obtener unos datos, antes difícilmente asequibles a la mayoría. Es un proceso reversivo que va desde el hombre a su obra creada y desde su obra al hombre de nuevo, para devolverle el fruto de sus investigaciones o de sus trabajos. Es un proceso en que copia a la naturaleza, donde la semilla germina en el fruto que se obtiene, y éste produce de nuevo la semilla para cerrar el ciclo infi-

nito. El hombre es artífice de la cultura y la cultura forma al hombre.

Es indudable que la mente no ha tenido tan amplio desarrollo, en sentido mayoritario o colectivo, como en la actualidad. Ello sin desconocer individualidades geniales y talentos de privilegio. Una teoría naturalista fundamenta este desarrollo mental en lo que llama «comederos» de cerebros, estudiando los ritos primitivos de algunas tribus, en las cuales era habitual tales costumbres, que entraban de lleno en sus mismas creencias religiosas. De esta forma, las generaciones sucesivas estaban mejor dotadas por esa tradición que permitía absorber, en prácticas de un salvajismo inconcebible, el potencial cerebral de los antecesores, mediante la antropofagia.

Cualquiera sean las razones biológicas, la realidad es que el hombre, por su carácter dominante sobre las demás especies, es el que se presenta con más alto nivel de inteligencia.

Su explicación es sencilla, porque si biológicamente no es superior, como hemos analizado, no queda otra solución razonable que admitir, sin reservas, la gran fuerza de la mente. Una inteligencia utilizada, primero al servicio de la supervivencia, con la lucha frente a otras especies que le han servido de alimentación, vestido y las mil aplicaciones de la transformación industrial. Después con una labor investigadora que le ha ido proporcionando medios de conocimiento y notables avances en la técnica.

Pero así como se han ido descubriendo nuevas aplicaciones al mundo que nos rodea, es de imaginar que la mente siga también su natural desarrollo. Por eso a las etapas de supervivencia y de investigación, vendrán otras, también decisivas en la vida de la humanidad, que completan el ciclo y que según todos los datos, constituye la reserva del futuro. Porque el hombre puede llegar a conocer sus enormes posibilidades, saliendo de sí mismo, como punto esencial de partida.

## XXII

### NUEVOS SISTEMAS

Pero el mundo sujeto al conocimiento se convertía en un caos, de no existir un método o sistema que permita, con el más acertado criterio, acercarnos a la verdad objetiva. Con las ideas ocurre lo mismo que en el arte, porque en aquéllas es indispensable el sistema y en éste los cauces formales de la expresión. El arte sería intimismo, pero nunca arte auténtico, si no lograrse la comunicación formal de llevar a los demás el mensaje propio o el sentimiento y la inspiración. De aquí que partiendo de esa verdad objetiva, resulta indispensable utilizar un sistema que permita la captación directa, a través de la mente, donde radica el proceso reflexivo. Descartes, en sus obras básicas, *El discurso del método*, *Los principios de la filosofía* y las *Meditaciones*, ofrece dentro de los errores naturales de su época, la fórmula de un sistema que puede considerarse esencial para cualquier razonamiento, desprovisto de cualquier motivación que no sea la razón misma. La misma duda le lleva a considerar que el pensamiento es un primer motivo para la existencia. «Pienso, luego existo», que no parece suficiente, ya que pese a la importancia de pensar como facultad decisiva en el hombre, es una consecuencia y no una causa; un efecto y no una motivación original. Se piensa porque hay anteriormente una existencia. De esta forma las ideas son una circunstancia adjetiva de algo esencial que es la vida humana.

Pero es valiosa su aportación en la historia de la filosofía (1596-1650) y su aplicación al mundo de hoy. Porque necesitamos, sin llegar a sistemas que pudieron ser útiles en otros tiempos, a una fórmula racionalista, que partiendo del individuo y de su entorno pueda alcanzar la visión deslumbrante del futuro. Si la mente es la explicación de una fenomenología cuyo alcance empezamos a descubrir, será desde ese mismo centro, vital e intelectual, desde

el que tenemos que partir para una concepción correcta del universo.

Bertrand Russel, estudiando la obra de Descartes, sintetiza en cuatro reglas el sistema o método que utiliza aquél para aplicar el álgebra a los problemas geométricos y de lo que resultaría la formulación inicial de la geometría analítica. Tales reglas son las siguientes: «La primera consiste en no aceptar nunca nada, salvo ideas claras y distintas. En segundo lugar, hemos de dividir cada problema en tantas partes como sean necesarias para resolverlo. En tercer lugar, los pensamientos deben seguir un orden de lo simple a lo complejo, y allí donde no exista orden hemos de asumirlo. La cuarta regla establece que siempre hemos de comprobar meticulosamente todas las cosas para asegurarnos de que no se ha pasado nada por alto». Este método resultaría hoy tan elemental que podríamos afirmar que difícilmente podría llegarse a conclusión alguna, con cierta certeza, sin aplicarlo adecuadamente. Pero en ello consiste su mayor valor. En que sigue siendo un sistema sencillo, y por su sencillez aceptable en la corta medida, por supuesto, de sus mismas posibilidades. Veamos. La primera regla determina la conveniencia de rechazarlo todo, para aceptar únicamente el conocimiento de una idea básica en el hombre como puede ser hoy su existencia, entre los límites del nacimiento y la muerte. La segunda, que toda cuestión debe ser analizada por partes, separadamente. Aislando ideas y conceptos. Para facilitar sus soluciones y mejor entendimiento. La tercera, y en evitación de esa situación caótica a que ya me he referido, la efectividad de establecer un orden lógico, buscando las ideas sencillas y más asequibles, hasta llegar por la reflexión a las más complejas y profundas. Y la cuarta, que más que una regla es el final de toda comprobación, que requiere el anterior proceso. Hemos de comprobar siempre lo que se ha hecho para descubrir si hemos pasado por alto alguna circunstancia básica o alguna idea determinante.

Sin embargo, en el mundo de hoy, al final de esta civilización, cuyas postrimerías estamos viviendo, los sistemas tienen que radicalizarse, o lo que es lo mismo, buscar fórmulas límites que alcancen la totalidad de este proceso a las ideas. Porque la lógica aplicable normalmente a problemas sencillos, apenas sirve para atender esta nueva concepción del mundo, sin fronteras y de espacios infinitos. A veces la lógica —la que se utiliza con métodos filosóficos— choca con esta verdad objetiva que ha ido surgiendo y que la humanidad encontrará en el futuro.

Entonces el hombre se encuentra ante la dificultad de aplicar un sistema deductivo o inductivo, precisamente por la carencia de límites. Y de ahí que tendrá que partir de la aceptación de una dualidad comprobable. El mismo, como individuo. Y el mundo que le rodea. La mente como fuerza máxima de energía, unidad en la sustancia de espíritu y materia, y el mundo que conserva la panorámica que se proyecta en aquel receptor de la inteligencia. Por eso si trazamos un triángulo donde la base es el mundo, el vértice sería la mente. Y es que aquí convergen todo punto esencial de conocimiento. Por eso cuando más se logre el desarrollo de la mente las posibilidades de conocimiento son mayores; y teniendo en cuenta que desde ese vértice descubre todo lo largo de la base, no sería aventurado suponer que en el mundo de mañana la mente llegue a descubrir en su mismo ejercicio en su propia actuación ese entorno que le rodea, y cuyas principales parcelas sigue ignorando. Porque en el mismo triángulo y guardando su simetría, que nos sirve de ejemplo, a medida que se eleva el vértice, mayor y más amplia es la base, o sea, el conocimiento.

## XXIII

### EL EXTREMO DEL TIEMPO

Si como venimos analizando, el hombre tiene que partir para una correcta teoría del conocimiento de lo existencial, encuentra los dos límites que señalan su vida. El nacimiento y la muerte. Desde la célula embrionaria, a partir de la fecundación del óvulo, se pone en marcha la gestación de un ser que si fuese exclusivamente dotado de instintos y carente de inteligencia sería materia de estudio para biólogos y naturalistas, como cualquier otra especie del reino animal. Pero en esa célula embrionaria se está formando una sola entidad, el espíritu y la materia, la mente y el cuerpo. Por eso resulta extraño que luego se pretenda separarlos, como sustancias diferentes, cuando en efecto la sustancia es única y el nacimiento es integral. Porque, como dije en capítulo anterior, la mente y el cuerpo son la misma sustancia, si bien expresiones diferentes.

En el otro extremo al nacimiento está la muerte del individuo. Tema sobre el que considera Schopenhauer ha dado lugar a la propia filosofía. El hombre se interesa por saber de su destino y de su origen precisamente en función del desconocimiento. La mente ha sido la gran desconocida, y su ejercicio casi inútil, porque se ha aplicado sobre un mundo exterior que no puede proporcionarle el conocimiento exacto de sí misma. En esta nueva era cósmica, la Humanidad se encuentra como al principio, frente a una naturaleza hostil y de límites insospechados. Pero no le bastará al hombre crear su medio ecológico, ambientarse, utilizando los recursos de lo que llama civilización. Tendrá que utilizar la otra expresión, su mente, donde radica esa energía cuyo alcance empezamos ahora a comprender y vislumbrar. Para un animal del resto de la escala zoológica le sería suficiente encon-



trar su «habitat» donde la alimentación y demás medios naturales le permitan sobrevivir. El hombre lleva consigo una carga de cultura y un afán ilimitado de saber. Y se encuentra, de pronto, con que esos datos le son insuficientes; que una buena parte del conocimiento que tiene del mundo y su entorno le sirve de poca cosa. Que los mismos sistemas que ha utilizado constituyen la mínima expresión de un futuro asombrosamente activo. Por eso la Humanidad tendrá que reconsiderar su punto de partida. El individuo va quedando atrás, sujeto a esos avatares que forman su misma vida. Porque otros vienen a ocupar su puesto dentro del concierto de la especie en ese futuro hacia el que vamos, indeclinable. «Si miramos adelante, hacia un futuro muy lejano —dice Schopenhauer— y pretendemos representarnos las generaciones venideras, con sus millones de individuos humanos, distintos de nosotros en usos y costumbres, nos planteamos esta pregunta: ¿De dónde vendrán todos? ¿Dónde están ahora? ¿Dónde está el rico seno de la nada, preñado de mundo, que todavía guarda las generaciones futuras?»

Y en el otro extremo, la muerte del hombre, no de la Humanidad, que parece tiene todos los recursos posibles para sobrevivir. La muerte, que lleva consigo la peor de todas las consideraciones ideológicas y religiosas, en algunos casos. A pesar de que es un proceso biológico natural, y la naturaleza tiene ese lógico desarrollo que le infunde la renovación en las especies. La muerte se suele rodear de enfermedades, del dolor, tan temible. Pero eso no es la muerte. Eso es la vida. La vida es ese continuo contraste que produce a veces un deseo de la misma muerte. Porque la muerte —aparte supersticiones y temores sin fundamento— es la quietud, la paz, el silencio, el reposo sin horas, el final de un ciclo que fue vital.

Claro está que el hombre lleva consigo su afán de vivir, salvo excepciones. Pero me parece que esa especie de instinto está desarrollado como una consecuencia de desconocimiento. No se sabe lo que queda más allá del tiempo, de nuestro tiempo. Y por eso la mayoría de las religiones recurren a una construcción ideal cuya base es la fe. Aunque la fe y la razón no siempre llevan el mismo camino.

Es más, si partimos de esa idea «existencial», a la que ya me he venido refiriendo, la muerte representa, junto al nacimiento, los límites entre nuestro espacio y nuestro tiempo. Una idea que debe ser familiar, admitida con toda normalidad. Y que por otra parte, concebido el hombre como inmortal, con vida permanente,

sería como destruir la misma esencia de la vida, que es renovación constante, que es mutación permanente.

Además, parece como si existiera una generosa aportación de la muerte hacia la vida. Son frecuentes los casos en que la madre prefiere morir para que nazca el hijo, y de esos animales que colocan sus crías a buen resguardo, en cualquier árbol, para ellos morir más tarde ante la ventisca o el mal tiempo. Y las abejas zánganos, que saben que no podrán volver al enjambre ni a la colmena fecundada la reina. Y esas bestias, las más feroces, que cubren con su cuerpo la vida de sus crías para proporcionarles calor al último momento. La naturaleza es un ejemplo constante de que la vida no se entiende sin la muerte. Y que la muerte es necesaria para la vida.

## XXIV

### LA NOCIÓN DEL INFINITO

Con este título inició su discurso de incorporación a la Academia Francesa aquel hombre de ciencia que fue Luis Pasteur. El infinito ha sido siempre una especie de meta espiritual, de inquietud constante, propósito desorbitado del hombre a través del tiempo; un pequeño segmento que determina el nacimiento y la muerte, individualmente considerada. El infinito es una cifra sin guarismos. Una pretendida proporción matemática que refleja la inasequible tendencia hacia lo desconocido.

Porque pretendemos, con estas limitadas posibilidades que todavía ofrece el cerebro del hombre, alcanzar la cifra más gigantesca, y operamos con ella, intentamos desenvolvemos en su órbita, y resulta que al final del proceso nos encontramos con nuestra propia incapacidad de entendimiento. Aquí podría tener cabida aquella doctrina franciscana de nuestra humildad, entendida desde el ángulo insignificante del hombre, esa gota de agua que se pierde sin remedio en el mar inmenso de la historia y de los pueblos. Porque cuando hablamos del infinito otra concepción o idea no es posible. El superhombre de Nietzsche se deshace en cualquier confrontamiento con la realidad circundante.

Pero a pesar de esa realidad, o como consecuencia de ella, hay algo en nuestro interior que nos dice que la obra del hombre, el corto tiempo de que dispone en su vida, debe tener alguna trascendencia. Algún sentido, más intuitivo que intelectual —Unamuno habla de hambre de eternidad—, debe tener alguna explicación lógica. La vida no puede quedar reducido a cenizas, apenas un recuerdo que permanece en los seres más próximos o en biografía histórica de datos contradictorios. La explicación debe estar en esa cifra sin guarismos. En esa noción, por ahora imprecisa, del infinito.

Hemos nacido por unas circunstancias biológicas, ajenas a nuestra voluntad. El amor o el hastío, la pasión o el goce ha producido un ser nuevo que, embrionario ya, contiene todos los elementos indispensables para su ulterior desarrollo.

El infinito se convierte en esa meta lejana, y sin embargo posible, de astrónomos y geómetras egipcios, filósofos griegos, escritores romanos, pensadores cristianos, a través de civilizaciones. Ha sido como una búsqueda constante y sin reposo. Para San Agustín la esencia de Dios es infinita. Aquí sus palabras: «No se me permitía contemplar luz tan divina, la cual, sin embargo, me dejó cerciorado y convencido de vuestra existencia y de que vuestro ser es infinito» (*Confesiones*, cap. XX).

Resulta de ello que para esta concepción agustiniana de la vida, el infinito no es una cifra sin guarismos ni una concepción difuminada, sino la esencia misma de Dios. El final de un largo camino como una esperanza inagotable.

La noción del infinito aparece más asequible, en el orden espiritual, pero se torna confusa cuando la transformamos, en el plano de la física, en un elemento conmensurable, como si fuese su medición posible. ¿Hasta dónde llega o dónde comienza? La cuenta se inicia en un mundo nuevo que se abre a los espacios. Miles de planetas y astros en nuestra galaxia, que se pierden en esos otros mundos, en su mayor parte presentidos...

Porque, como antes indicaba, vivimos en un rincón cualquiera de ese planeta insignificante que se llama la Tierra, creyéndonos seres privilegiados y hasta importantes. Hemos creado una familia —la maravilla de la vida— y dentro de una sociedad que consideramos civilizada. Hemos trabajado todos estos años, porque así nos enseñaron, con un oficio, una profesión o actividad que necesitó tiempo de aprendizaje. Hemos logrado tal vez un patrimonio para cuando lleguen los días grises de una ancianidad convaleciente. Hemos amado y amamos profundamente los seres y las cosas que nos rodean. Hemos admirado los paisajes más distantes y visitado los pueblos más diferentes. Hemos tenido alegrías inmensas y soportado el dolor de la enfermedad o el desengaño. Hemos vivido sencillamente. Y que todo esto resulte fantasmagórico, inconsciente, inútil. He utilizado esta palabra y no debo retirarla ni rectificarla. Inútil. Algo que se tira al basurero comunal porque carece de aplicación práctica. Y todo lo que hemos aprendido durante estas largas jornadas, y los libros que hemos leído, y las doctrinas que pudieron enseñarnos tantos ilustres maestros, reducidos a una pira gigantesca que el viento arrastra

hacia ignorados confines. No es posible construir semejante mentira. No es posible que nuestra obra, nuestra pequeña obra, se venga abajo, como si de un cataclismo se tratara. El infinito no es sólo un número sin guarismo. Es algo más. Debe permanecer en alguna parte, en algún sitio a punto de surgir siempre.

Aquí la noción del infinito rompe las reglas clásicas de lo razonable para convertirse en una expresión vital, sin posible sustitución. Afán de supervivencia. Impulso y razonamiento. El hombre lleva dentro de sí el instinto de sobrevivir. Por eso hace arte, escribe, pinta, cincela o compone música, para que más allá de su ciclo vital la obra realizada perdure. Pero en el fondo ¿no será su mismo orgullo, su vanidad inagotable lo que le lleve a la presunción creadora?

## XXV

### COMIENZA LA VIDA

En este proceso, cuyo origen se desconoce, que dio lugar a la formación de la Tierra, existe como un propósito de genial diseñador en borrar las sombras, dar perfil a las cosas y conseguir la visión panorámica del mundo que nos rodea. A partir de ese momento adquiere sentido cualquier teoría del conocimiento. Porque conocer es descubrir fuera de nosotros el color, los perfiles, las tonalidades, la realidad que surge constante. Se podrá objetar que el ciego no puede percibir ese aspecto exterior que le circunda, y según este criterio parece como excluido de las posibilidades de la vida en torno nuestro. Pero si reflexionamos sobre el tema podremos comprobar que lo importante es la existencia de ese mundo exterior en perfecto contraste. La realidad está ahí. Con nosotros o a pesar de nosotros mismos. Por eso el ciego busca y encuentra otros medios comunicativos que le ofrecen una «visión» especial y distinta. Para al final descubrir otros perfiles, otras sombras, otras panorámicas.

Sin la realidad objetiva, sin luz, la Tierra se hubiese convertido en un mundo subterráneo, con límites tan reducidos que la imaginación sería una facultad ignorada. Porque la imaginación, la gran evasiva de la inteligencia, tiene su principal fundamento en lo que el hombre ha podido percibir a través de los sentidos, y que sirve como una especie de base de lanzamiento a otras conquistas del pensamiento. La misma creación artística es la «sublimación» de la realidad. Claro está que con singular aportación de esa enorme fuerza incontenible del «yo» que trasciende. Porque el arte es imaginación, pero también sensibilidad, otra facultad que no parece siempre unida al ser humano y que, por el contrario, suele ser frecuente atributo de otras especies.

Es tan decisiva la luz para el conocimiento, que en el propio Génesis (versículo tercero), en el primer día de la creación, Dios dijo: «Haya luz», y hubo luz. Es como si no pudiera concebirse la idea de esa realidad sin esa premisa previa que permite distinguir a unas cosas de otras, lejos de las sombras y las tinieblas. Pero esa constante se produce en el hombre como una aspiración histórica. La historia de la cultura es la historia de la lucha permanente contra las sombras. Delante de la humanidad se ha producido un vacío, una gran frontera donde caben todas las perplejidades y las incógnitas. La cultura ha intentado, unas veces con acierto, otras con señalados fracasos, pasar esa frontera para ampliar los horizontes del conocimiento. Pero esa luz es la otra que el hombre lleva encendida en su interior, como una inquietud, inconformidad, preocupación de no alcanzar la certeza en aquellos problemas básicos de su propia vida. Porque aquella luz del Génesis es el conocimiento de la Creación, y la luz del espíritu es el conocimiento esencial del hombre.

Por eso teniendo los elementos fundamentales resulta evidente el logro de unos resultados casi matemáticos. De una parte, la Creación, que se ofrece como una selva inmensa que debe recorrerse. De otra, esa inquietud suya a la aventura de la ciencia, que es añadir a las experiencias del pasado los recursos del presente. El hombre no se ha resignado a convertirse en elemento pasivo de una naturaleza en ebullición y desarrollo. Y con propósito que hemos venido en llamar civilización, ha ido adaptando el medio ecológico a sus mismas conveniencias, a su propia biología. Ya comprobamos anteriormente que el hombre es el único animal capaz de sobrevivir fuera de su medio, y es porque ha logrado adaptar ese medio a sus coordenadas vitales.

Como consecuencia de esa fusión de elementos, objetivos y subjetivos, ya el conocimiento era una equivalencia inevitable. Si vamos poniendo varios sumandos, el resultado de todos ellos es una suma inalterable, cualquiera sea la fórmula o sistema que hayamos empleado. Hay unas verdades tan evidentes, por llamarlas de alguna forma, que es innecesario insistir en su realidad objetiva.

Es posible que el sentido que tiene el Génesis al tratar del primer día de la Creación sea este del conocimiento. Lo que parece fuera de toda duda es que sin ese concepto de luz, que separa el día de las noches y produce perfil y conocimiento, la vida hubiese tenido aspectos totalmente diferentes. Imaginemos un mundo de ceguera universal, producida por la ausencia de una realidad circundante y apreciable. El hombre sería la introspección de un aná-

lisis interno, donde sobrara la expresión y el lenguaje. Los medios comunicativos se reducirían a los meramente instintivos, como los topos en el interior de sus galerías. El hombre, que es un conjunto de medio ambiente y de voluntad creadora, quedaba reducido a las limitadas posibilidades de otras especies inferiores.

De aquí que podría entenderse que ha obtenido una situación de prioridad y ventaja en la Tierra sobre las demás especies. No es desdeñable nuestro papel, pero tampoco tenemos sobrados motivos para sentirnos como pertenecientes a una especie superior y dominante. Nuestra endeble biología, nuestras necesidades primarias nos colocan ante una realidad bastante mediocre, poniendo en su justo equilibrio el pecado capital de la soberbia.

Tampoco es justo atribuirle al hombre las ventajas de la ciencia, que es la conquista de lo ignorado, porque el principio, desde que se hizo la luz, el camino está abierto, lleno de sugerencias. Lo que no resta mérito a señaladas individualidades, que con dedicación de sus vidas han ido a través de la historia abriendo nuevos caminos, nuevas posibilidades en la tarea más importante con que se enfrenta de nuevo el hombre de hoy. Podemos cruzar la frontera de lo desconocido. Alcanzar el mundo de mañana a partir del hombre.

## XXVI

### EL PASADO

Aun aquellos acontecimientos que hemos vivido cuando transcurre el tiempo se hacen imprecisos, pierden sus perfiles exactos y surge una imagen interpretada a través de nuestra voluntad y por medio de la memoria. Porque los hechos no se producen únicamente en el mundo objetivo, sino que trasciende a la voluntad para convertirse en algo que deseamos o pretendemos. Los acontecimientos se adaptan en algunas ocasiones a lo que «deseamos» ver y contemplar, de tal forma que la historia en buena parte, pese a su pretendida objetividad e imparcialidad, es la interpretación personal de quien la investiga, que no advierte sino aquello que se conforma con su espíritu a través de esos condicionantes que son las razas, las nacionalidades, las religiones, etc.

Por eso aparecen tan notables contradicciones en los historiadores, que no merece la pena destacar, pues los ejemplos son numerosos, especialmente al enjuiciar la biografía de los grandes personajes.

Como consecuencia de ello, el pasado sufre notables deterioros: de una parte, por lo débil y limitado de la memoria, y de otra, por ese afán personalista de la interpretación histórica. El pasado, sin embargo, refiriéndose al hombre, es lo que le proporciona seguridad a la personalidad desarrollada. El hombre adulto cuenta con la experiencia de haber vivido acontecimientos similares o parecidos. Y sabe, a su modo, la manera de enfrentarse con cada situación que parece nueva. Es como una obra en el día de estreno, que necesita de numerosos ensayos. Ha vivido anteriormente, y eso le permite conocer el camino y elegir el más apropiado. Quizá en eso radica la frecuente dificultad que encuentra la juventud en la sociedad que vive. Que ignora los comportamientos. Porque el ser vivo no solamente constituye la esencia —ele-

mentos vitales—, sino que el permanecer, el estar demuestra la propia movilidad sobre el espacio. Y el hombre, a través de los años, logra esa adaptación al medio que le hace rutinario, a veces mediocre, pero siempre práctico.

A esto habría que añadir que por tales comportamientos el hombre adulto pierde la mayor parte de las ilusiones, aleja de sí aquellos factores que le parecen inútiles, como la ambición, el afán de superarse, el sentido creativo... y vejeta.

Kant, el crítico de la razón, como alguien le ha llamado, formula su teoría del conocimiento, a través de la experiencia, con ese elemento comparativo de las categorías. La fórmula es válida en la actualidad, y para el hombre de hoy, que carece de otros recursos más fiables y menos controvertidos. Porque la experiencia, ya hemos comprobado, que está sujeta a criterios individuales y a interpretaciones subjetivas. Pero es justo reconocer que el hombre ha avanzado tan poco en este camino que la mente tiene que fiarse de su memoria o de la memoria de otros para reconstruir el pasado. Porque el pasado está conservado en algún lugar de la mente. Que no solamente desarrolla en un momento determinado situaciones pretéritas, sino que, como un viejo archivo, guarda datos y circunstancias, escenas y panoramas siempre a punto de nuestra solicitud o propósito.

Por estas motivaciones, la filosofía —la que conocemos hasta hoy—, cualquiera que sean sus tendencias o escuelas, al buscar el origen de las cosas, el principio de la misma sabiduría, rechaza cualquier proyección intelectual hacia el futuro. El futuro es una incógnita que por sí misma se va a expresar. Es cuestión de espera, de tiempo, quizá de paciencia. Al filósofo le sobra esa cualidad o no es filósofo. Pero el mundo de hoy se encuentra con que el tiempo gira más rápido, no en sus medidas acompasadas, matemáticas; sí en su proyección histórica. Es tal el afán de buscar el futuro, que el hombre de hoy precipita su encuentro y se lanza al espacio en la nueva aventura planetaria. Es indudable que los años del presente siglo han sufrido mayores cambios y transformaciones de la sociedad, las costumbres, los hábitos, las modas, los medios de la técnica y la ciencia, la filosofía sigue viviendo de viejos y arcaicos presupuestos, que deja fuera de su horizonte a la sabiduría que compendian los nuevos acontecimientos. Es más, poca consideración han merecido los que de una y otra forma pretenden desvelar el futuro. Futuristas y adivinos han sido clasificados en esa grey poco ortodoxa de los soñadores o de esa doctrina que pertenece a la ciencia-ficción.

Y no es que pretenda fundamentar una teoría del conocimiento sobre el futuro, pero es indispensable, parece indispensable, que tengamos en cuenta factores que pueden modificar nuestras experiencias, porque es la forma de adelantar un proceso, alcanzando metas, poniendo en líneas de paralelo alcance a las ciencias humanísticas con los demás ciencias y con el mismo progreso. Claro está que el método tiene que ser escrupuloso, objetivo y sometido a las reglas del análisis y la comprobación.

## XXVII

### EL FUTURO

En el capítulo correspondiente hice un esbozo, las líneas generales de lo que podría ser la sociedad en el futuro. Parece llegado el momento si pretendemos adelantarnos en posibles conclusiones a ese futuro; que analicemos los sistemas posibles dentro de un rigor de criterio que excluya de antemano toda elucubración maravillosa o fantástica, que en el fondo no hacen sino contribuir a la deformación de los acontecimientos que están por venir. Pienso que la llamada ciencia-ficción, que tiene de positivo esa dosis de fantasía que proporciona a la infancia, tiene en cambio de negativo el escaso o nulo fundamento científico de la mayoría de sus versiones.

También y pese a su importancia en el campo de la psicología —por apartarse de mi propósito en este trabajo— podemos dejar al margen los sueños precognoscitivos, que los hacen coincidir con hechos futuros en numerosos ejemplos comprobables. Y la telepatía, aún en aquella doctrina que sostiene la transmisión a nuestra mente de pensamientos que han de formarse en un tiempo distante. Porque todo ello son datos valiosos, sin duda, pero parciales. Representan aspectos más o menos individuales de situaciones no realizadas. Y aquí interesa, sobremanera, acercarnos en lo posible hacia el futuro global de la humanidad, el mundo de mañana, visto y presentido, como una continuidad histórica, como una esperanza que redime, o un cataclismo que pone punto final al ciclo vital de las especies.

Es terreno movedizo pretender caminar por el futuro. Pero también lo es descubrir el pasado remoto del hombre. En ambos casos surge una especie de frontera donde es posible cualquier deducción o sugerencia. Hace una fracción de segundo ya es pa-

sado. Dentro de una fracción de segundo es ya el futuro. La distancia en el tiempo es corta, pero cualquier acontecimiento puede producirse en la vida individual o colectiva dentro de esas fracciones de segundo que puede ser trascendente, que es trascendente.

De aquí que para descubrir el futuro, buscando nuevas experiencias, podamos basarnos en el sistema que podría considerarse «histórico», que es el análisis de períodos de tiempo hacia el pasado, con todo lo que lleva consigo de comportamiento humano, y con esa medida de la historia, desplazarla por igual período hacia el futuro. Los cambios radicales en las costumbres, las ideas, las modas, etc., permitirían alcanzar la visión de la humanidad hacia los siglos venideros.

Otra fórmula podría encontrar el futuro en las transformaciones de la naturaleza, en el medio ecológico a que se verían obligados a vivir en una Tierra superpoblada, abierta, sin embargo, a las comunicaciones con otros planetas a través del Universo. Donde se comprobarían notables modificaciones físicas e incluso biológicas, si tenemos en cuenta los medios alimentarios de que se dispondría, utilizando las grandes reservas del fondo del mar.

Esta ciencia futurista, despojada en su día de mucha hojarasca literaria, podrá acercarnos a un mundo de conocimientos, que para el hombre de hoy resultan de suma importancia. Va demasiado aprisa, y necesita con urgencia esos datos, tan decisivos, quizá más, que su propio origen. Porque es algo hacia lo que va sin remedio.

El hombre sabe que al final de su carrera vital está la muerte, que es desintegración del individuo, pero desea saber qué otros caminos quedan al que sobrevive más allá de su tiempo. Cuál es el destino de estos hombres y mujeres que ha conocido, ha amado o ha procreado en natural descendencia. Y en último extremo, queda la labor de la ciencia pura, que es la búsqueda de la verdad, aunque esa verdad se oculte en lo desconocido.

Además, sería conceder a la ciencia una nueva perspectiva. Hasta ahora la ciencia, por ese sentido objetido que prevalece, ha buscado sus razonamientos en el pasado. A partir de estos momentos históricos que vivimos, iniciando la nueva era cósmica, tendrá que tener en cuenta el futuro. Que de lo contrario quedará rezagada, inútil o inservible, ante los avances de la técnica y los nuevos logros de la civilización.

Sé que existen otros medios y recursos para adelantarnos al futuro y conocer a los pueblos y los hombres de un mañana re-

moto. El hombre posee la mayor fuente de energía, que es la mente que también es archivo y memoria del pasado... ¿y del futuro?

Por estas razones creo que estamos ante una ciencia nueva cuyos resultados no debemos desdeñar para una correcta teoría del conocimiento. Ignoramos aspectos importantes de nosotros mismos, para arrogarnos el privilegio de conocer a los demás y al mundo que nos rodea.

La vida actual va a sufrir cambios radicales, transformaciones profundas, con el conocimiento del futuro. Hasta ahora los vaticinios del futurista se han considerado como una posibilidad atendible. Nada más. Ahí tenemos algunas poblaciones asiáticas saliendo de la ciudad ante el temor de catástrofes y terremotos. Y luego, no cumplirse la predicción o el acontecer en espacios distantes.

Porque esta nueva ciencia va a permitir nuevas defensas a la humanidad, que pese a sus conquistas espaciales, resulta que nada puede contra un acontecimiento inesperado, un terremoto, un desbordamiento de ríos, lluvias torrenciales o un incendio devastador. El hombre tiene casi todo previsto, menos su futuro. Y es curioso que adopte toda clase de medidas para proteger su vivienda o mejorarla, sus tierras o su ganado. Y llegando al tema de su vida, ignora hasta la menor circunstancia de su futuro inmediato; desconoce la mayoría de las veces qué sucede en el interior de su organismo, y parece como ajeno al problema vital de su misma supervivencia. Ha desarrollado un espíritu conformista, y cuando algo le impide hacer lo que pretendía, hace otra cosa distinta. Ha desarrollado un espíritu de adaptación y cuando no le queda más remedio, se pliega con voluntad impotente ante un hecho imprevisto.

## XXVIII

### COMPORTAMIENTOS

Para analizar este nuevo humanismo, hacia el que se orienta la era cósmica, hay que plantearse el estudio básico del sujeto principal. El hombre como expresión de su especie, su biología, sus reacciones, y en especial sus comportamiento. La existencia determina una actuación concreta sobre el medio. El hombre permanece sobre una determinada superficie de la Tierra y tiene que vivir y convivir con seres de su misma naturaleza, en una tribu que llaman sociedad, junto a manadas que discurren por calles y plazas que llaman ciudades. Y, sobre todo, manteniendo una actitud, un comportamiento que le permite definirse a sí mismo como sujeto civilizado dentro de unos condicionantes previamente establecidos.

Pero los comportamientos son tan diferentes como las personas, con aspectos y notas comunes según las nacionalidades, los países, los climas, las religiones que practiquen, etc., etc. Schopenhauer distingue ese comportamiento incluso en las diversas fases de una misma jornada cuando dice que «la mañana es la juventud del día, todo es alegre, fresco y fácil; nos sentimos vigorosos y disponemos de todas nuestras facultades... La tarde es la vejez del día, estamos abatidos, habladores y aturdidos. Cada día es una vida en pequeño, cada despertar y cada levantarse un nacimiento en pequeño, y cada acostarse con su noche, su sueño, una muerte en pequeño».

Esos comportamientos están sujetos, la mayor parte de las veces, a influencias extrañas o exteriores. El hombre primitivo, desde su aparición en la Tierra —el *pitencatropus erectus*— tuvo que sobrevivir modificando el medio ambiente y obteniendo aquellas cosas que le eran indispensables como el alimento —caza y pes-

ca—, vivienda o vestido. Pero esto pertenece a la historia de la humanidad y de su civilización. Ahora interesa, sobre todo, analizar qué influencias son determinantes para el hombre de nuestro tiempo, y qué otras pueden ser importantes para el mundo de mañana al que nos acercamos.

Ortega, en el capítulo que titula «verdad perspectiva» de su obra *El espectador*, y al referirse a los comportamientos, dice que «dentro de la humanidad cada raza, dentro de cada raza, cada individuo es un órgano de percepción distinto de todos los demás y como un tentáculo que llega a trozos de universo para los otros inasequibles». Había que añadir el factor tiempo, porque cada época, cada período de la vida de la humanidad y aún cada época en la vida del individuo, tiene una percepción diferente. El joven pone acción y entusiasmo si los sentidos, la retina captase aspectos contradictorios de un mismo paisaje.

Pero de aquellos factores exteriores que determinan, en cierto aspecto, la vida del hombre de hoy, cabría señalar el agobio de la prisa, esa especie de mecanismo en marcha, que no podemos detener bajo ningún esfuerzo. La obra creadora incluso adolece de este agobio de la prisa que se manifiesta en una marcada falta de tiempo. No hay tiempo ni para vivir. El hombre asume actualmente un papel responsable que le corresponde en esa vorágine de fechas, plazos, acontecimientos, que discurren en torno suyo hasta absorberle. Tratamos de reflexionar, tarea que exige cierto sosiego, cierta paz interior, y desde dentro salta el horario inflexible que encadena al Prometeo de los nuevos tiempos. Pensamos en una labor intelectual, que alcance profundidad con los medios y recursos de que disponemos, y nos damos cuenta de que apenas hemos discurrido por la superficie de un mundo que se extingue, a fuerza de rutina y de mediocridad.

Acaso la explicación radique en que la humanidad se ha ido adaptando a ese fenómeno comprensible que acorta distancias y elimina fronteras en el espacio. Visitar hoy un país remoto es cuestión de unas horas a bordo de un avión de líneas regulares. Sincronizamos el espacio, de tal modo, que la geografía del mundo se convierte en una pequeña guía de turismo. Las propias noticias se difunden de un extremo a otro de la Tierra en cuestión de minutos. El hombre de hoy puede enterarse en el diario de la mañana del acontecimiento más distante. Y todo ello produce una sensación de prisa y de urgencia. Si en torno nuestro la vida se agita y lanza con velocidad increíble ese horario de los inevitables acontecimientos, nos resulta de todo punto imposible per-

manecer indiferentes. Nos arrastra el río que se desborda. Y las fuertes corrientes de las mareas. Es algo que flota sobre nosotros, y cuya proximidad impide advertirlo con criterio. Pero en estos comportamientos estamos poniendo, sin darnos cuenta en ocasiones, ese agobio de la prisa. Y hacemos la obra defectuosa e incompleta. Salvo los pequeños destellos, luminarias a veces que se desprenden del arte. De este arte nuevo y de siempre que es la inspiración momentánea, que es el instante plenamente logrado.

Por eso tal vez vivimos una época de arte espontáneo como un surgir inmediato. Y se abandona la labor investigadora o la tarea pensante y reflexiva de cualquier empeño filosófico. No porque carezcamos de gentes interesadas en el tema o bien dotados para seguir el camino, nada fácil, de las deducciones o de los criterios que buscan, sobre todo, la verdad. Sino porque no disponemos de tiempo, aunque parezca una contradicción aparente. Cada uno de nosotros debe representar el papel asignado en la comedia social de los deberes prefijados. Las consultas, los dictámenes, los libros contables, la operación quirúrgica o la sentencia de estudiados considerandos absorben el horario vital. Luego queda bien poco, apenas el sueño que repara la fatiga de la jornada anterior, preparados de nuevo para luchar contra nosotros mismos.

## XXIX

### DE LO RELATIVO

Hegel aportó a la historia de la Filosofía esta idea o concepto de lo absoluto, que no solamente niega el relativismo en las cosas, sino que va más allá. Destruye toda idea de parcialidad o fragmentación, inútil e inaplicable, para concebir el todo unificado como una realidad excluyente.

Como señala Bertrand Russell, en su obra *La sabiduría de Occidente*, con relación a la dialéctica de Hegel, «recuerda en algunos aspectos los esfuerzos socráticos en busca de la forma de Bien. A esto último corresponde lo que llama Hegel la Idea Absoluta... La Idea Absoluta resulta ser, de hecho, el ejemplo supremo de unidad en donde todas las diferencias quedan borradas». Quizás como a otros filósofos llamó la atención el microorganismo, todo aquello que pudiera ser captado por el microscopio, buscando la última y más modesta expresión viva, Hegel tiene la pretensión universalista, que proporciona razón y sentido a las cosas. Pero ese afán universal, si tenemos en cuenta que desarrolló sus teorías a fines del siglo XVIII y principios del XIX, quedan tan reducidas en su empeño a las actuales conquistas de la ciencia y los avances de la técnica, que la Idea Absoluta no pasa de ser, a los nuevos tiempos, otra cosa que una aportación teórica con escaso interés para el futuro. Aunque no podamos ignorar su importancia histórica, y la propia interpretación que da a la historia al aplicar esa Idea Absoluta, que desarrolla los conceptos más intransigentes del nacionalismo, y del que buen ejemplo tuvimos en el nacional-socialismo de Alemania en la segunda guerra mundial.

Por eso con acierto o con fundados errores, la historia del pensamiento o la historia de la filosofía, que muchas veces viene a ser lo mismo, señala una influencia decisiva en esas grandes osci-

laciones, en esos movimientos contradictorios de la historia. Como si detrás de cada revolución, de cada conquista militar, de los fenómenos sociales más trascendentales, estuviese presente y activo el programa propuesto o la teoría de una filosofía fragmentada.

Porque sin negar sus aportaciones en el largo camino del tiempo, hay que aceptar que la idea que Hegel tenía del Universo era bien limitado. Como limitadas resultan hoy aquellas reglas de lo particular a lo general de Santo Tomás. Porque la ciencia ha ido más allá de cualquier intento especulativo. Ha desbordado todas las previsiones, incluso la lógica, entendida como el criterio razonable y deductivo sobre elementos definidos y universalmente aceptables. Hasta hace solamente unos años, si un estudioso sobre estas materias se le hubiese preguntado sobre la posibilidad de ir a la luna, pongo por caso, hubiese respondido que no era posible. La falta de atmósfera era entonces criterio suficiente para rechazar una locura semejante.

El hombre de hoy acepta todo como posible, y no está dispuesto a negar ninguna circunstancia extraña a su mismo conocimiento. Esta es seguramente la razón de la profusión de ciencias que se llamaron ocultas y que hoy retornan a una actualidad interesada.

Se pretende descifrar el futuro y conocer los pormenores del mañana lejano, que el tiempo transforma en historia. Se estudia la astrología con renovado interés de signos influyentes o desfavorables. La gente pregunta por fenómenos extraños como los ovnis, negando toda posibilidad lógica y más bien predispuesta a explicaciones donde interviene, en parte, esa ciencia-ficción a que nos hemos referido en capítulos anteriores.

Pero parece como si la mente se quisiera adelantar a los fenómenos que apenas se aplica. La ciencia aún no ha dicho su última palabra, ni tan siquiera existe una confirmación más o menos oficial. Pues bien. Todo el mundo está dispuesto a asegurar que los ovnis, esos platillos volantes de desconocido origen, son obras de seres extraterrestres. Y no falta quien con indudable prestigio, asegure su posible comunicación con esos seres de otros mundos.

Esto produce una natural revisión de conceptos e ideas, si pretendemos no quedar rezagados ante los nuevos e imprevisibles acontecimientos. Es evidente que ante esta inseguridad que padece el hombre de hoy, ante el que se desmoronan doctrinas, pensamientos, teorías y proyectos, la idea de lo Absoluto en la filosofía hegeliana carece de sentido dimensional. Lo absoluto se convierte

en relación con los nuevos espacios casi infinitos, en una concepción relativa, aunque parezca un contraste. Es como si para medir ese mismo infinito —y valga la expresión— utilizamos el sistema métrico decimal. Atrás quedó la pretensión pitagórica de encontrar la fórmula que dé sentido y explicación al Universo. Porque ahora, al mundo en que vivimos, le corresponde la explicación y la búsqueda de una fórmula que satisfaga a la propia historia de mañana.

Y esa idea explicativa, esa solución al enigma, al gran enigma que encierra la vida del hombre, no puede quedar reducida a unas cuantas ideas generalizadas. Esta era cósmica se asienta en elementos hasta hace poco desconocidos. Nuevos fenómenos se registran en esa maquinaria, sensibilizada, que acumula con certeza datos y cifras, superadas las dificultades de antaño. La técnica sigue un camino de deformación aparente, como si la máquina fuese a superar al hombre que hizo posible su creación.

De otro lado, la vida que ya se imagina posible para el hombre en una probeta de laboratorio, con limitada intervención de la pareja, o al margen de ella. Como si estuviese a punto de romper todas las leyes naturales que se han considerado inalterables. Pero por las mismas razones de que lo absoluto entra en un terreno de relativismo, cabría aceptar, por lo menos, a los efectos dialécticos que pretendemos, una revisión de lo que hasta ahora se han considerado leyes inmutables. Porque su mismo cambio determina la inconsistencia de las viejas teorías.

Y es que el hombre de hoy, ante sus mismas inquietudes ante estos interrogantes, se encuentra como un ser indefenso. Cuenta con escasos recursos para seguir hacia adelante, por ese camino tan difícil y contradictorio, que se llama su vida propia.

## XXX

### ACTITUDES E INSTINTOS

La actitud es el comportamiento del hombre frente a determinadas situaciones. El instinto es el impulso vital que surge de la propia naturaleza. Por eso las actitudes pueden ser diferentes, y la mayor parte de las veces adoptadas por estímulos exteriores. El instinto, en cambio, responde a motivaciones interiores y forma parte esencial de la naturaleza humana.

De aquí que la actitud heroica o cobarde, o aquellas otras que ponen de manifiesto el comportamiento en ciertas situaciones, no suelen tener carácter permanente. Y son debidas en buena parte a las circunstancias mismas que rodean al ser humano. Baste como ejemplo ese hombre débil de carácter, cobarde en todos los aspectos, que ante un riesgo inminente, la posible pérdida de un hijo que pelagra por haber caído al mar, se lanza contra todos los obstáculos, y es capaz de realizar el mayor de los heroísmos. Y es válido el caso inverso. Quien siempre ha mantenido una conducta decidida, audaz, y en determinado momento se inhibe ante cualquier situación peligrosa para su seguridad personal. Actitudes dignas e indignas. Actitudes bruscas o complacientes. Actitudes de superioridad o de inferioridad. Actitudes de modestia o de orgullo. Actitudes pesimistas o actitudes alegres. Toda esa variedad que ofrece el comportamiento al exterior y ante la sociedad en la que se vive y convive.

Pero esas actitudes, inseguras, porque pueden variar y varían ante la presión del mundo exterior. Porque el hombre en solitario actúa en forma bien diferente. Así resulta que por razones de dignidad, hay quien muere ante los demás, con absoluta conformidad, y que seguramente de no estar nadie presente, su ser cobarde hubiese reaccionado de otra forma. Muchos serían los ejemplos y

situaciones que podría exponer, pero con lo dicho parece suficiente.

Los instintos, en cambio, son menos reprimibles, por ser menos «sociables» y más auténticos. Hay dos instintos, que son algo así como los pilares fundamentales de las motivaciones impulsivas. El de conservación y el sexual. Por supuesto que están sujetos a limitaciones e incluso desviaciones. Porque el hombre es el único animal que atenta contra su propia vida. Y se producen situaciones de anormalidad sexual que exigen una revisión amplia de las ideas básicas que tenemos de la sexualidad.

Pero poco a poco que analicemos estos dos instintos en el hombre, aparece de inmediato la idea del egoísmo. Porque la propia conservación es una manifestación natural, pero egoísta. Es el cuidado de sí mismo, tratando de evitar el daño o el riesgo que comporta vivir. La manifestación sexual incluso más acentuada si cabe en sus anormalidades, es un propósito de buscar la pareja para el placer propio —hedonismo—. Por supuesto que tales determinantes son ajenas a la voluntad del hombre, en muchos casos. Que surge, como todo instinto, como algo natural y espontáneo. Pero ello nos llevaría a una conclusión inevitable. El egoísmo está en el propio ser, y no es una cualidad adjetiva. Con ello comparte el hombre los mismos impulsos de los demás seres de la amplia escala zoológica.

Pero las consideraciones que anteceden quedarían en razonamientos inaplicables, si no advertimos desde ahora que el interés radica en proyectar esas actitudes e instintos sobre el mundo que nos espera hacia el futuro. Porque para tratar de introducirnos en esta era cósmica, cuyos inicios se empiezan a manifestar, tenemos que partir de este sujeto pensante que es el hombre; las posibilidades inagotables de su mente, y los comportamientos ante situaciones nuevas y ahora desconocidas.

Porque con el mayor rigor posible hemos de situar al ser humano frente al mundo que le espera. Y podemos llegar al convencimiento de que sus actitudes serán otras. Como lo han sido históricamente frente a épocas, costumbres, sociedades o civilizaciones que apenas tienen puntos de contacto. La actitud del hombre empieza a desarrollarse dentro de una reflexión científica. El futuro guarda una ciencia avanzada y de una técnica cuyos recursos ni siquiera es posible prever con los medios actuales. El hombre, para desenvolverse en ese medio, tiene que buscar la adaptación a una cultura superior.

Pero el hombre, ayer y mañana, será el mismo. En sus reac-

ciones íntimas, en sus instintos más primitivos o más «sociables». Pero instintos al fin y a la postre. La conservación de sí mismo, que le llevará a obtener todas las ventajas imaginables con que rodearse. Y el instinto de la sexualidad, que también es procreación como garantía tal vez de supervivencia sobre los espacios infinitos del mundo de mañana.

## XXXI

### PSICOANÁLISIS

Actitud es el comportamiento del hombre frente a determinadas situaciones, como hemos analizado en el capítulo anterior. Pero esa actitud aparece condicionada por una serie de factores, incluso ajenos a la voluntad. La mente no sólo tiene frente a sí las limitaciones de una sociedad preñada, de un mundo preconocido, sino que ha ido recibiendo a través de los años la acción represiva de unas estructuras inalterables. Como algunos sentidos han venido sufriendo el daño consiguiente de su falta de desarrollo, en libertad. No se oculta a nadie de que la vista, el olfato o el oído, por poner algunos ejemplos, tienen pérdidas importantes de facultades de alcance y profundidad. Y todo ello como consecuencia del entorno que rodea al hombre, nada propicio para aquella natural expansión de los sentidos.

Algo similar sucede con la mente. Desde los primeros años de la infancia se le proporciona unos datos, unas normas dentro de las cuales debe desarrollar su futuro campo de acción. El niño aprende las enseñanzas de una cultura tradicional y hereditaria. Apenas la imaginación puede romper las fuertes cadenas de unos programas, más propios para robots de fabricación industrial. Y muy lejos queda la posibilidad de que la mente utilice todos los recursos de su propia y gigantesca fuerza. No estamos sosteniendo criterios naturalistas, porque la mente desarrollada en solitario, en un medio salvaje, tampoco está en condiciones de alcanzar esas insospechadas posibilidades que ya he señalado a través de estas consideraciones, y otras apuntadas a lo largo de este trabajo.

Pero con otros propósitos, bien definidos en siquiatria, Sigmund Freud ha sido el primer investigador del subconsciente, y, por

tanto, de la fuerza de la mente cuando no está sujeta a esos medios represivos, como es el caso del sueño. Así en su obra *La interpretación de los sueños* pretende descubrir el alcance de esa mente dormida, pero más despierta que nunca y liberada de los condicionantes exteriores. Vista de esta forma la teoría de Freud, es en el fondo la confirmación de una mente que conserva en sí misma ese potencial de energía, que al decir del doctor González Quevedo, S. J., puede constituir una catástrofe para la humanidad, según analizamos en el capítulo correspondiente. Esta mente cuando se libera en los sueños, proporciona al subconsciente los datos precisos y concatenados de una serie de lagunas que el hombre despierto, por temor o por otras causas, trata de olvidar. Aunque más bien el subconsciente permite a la mente arrinconar, aunque no del todo, una serie de prejuicios, una serie de programas, que le fueron inculcados desde el principio. Porque se aprenden, se fijan en la mente unas verdades que se dan como indiscutibles; y la propia cultura deja impresa una serie de ideas que no permiten margen a la reflexión, que es principio del camino hacia la libertad.

Por eso la teoría psicológica de Freud, que puede ser indiscutible en el terreno científico, tiene aquí una capital importancia. Nos está señalando la trascendencia de la mente, como centro neurálgico de toda actuación posible, y aún más. Nos ha dejado la primera tentativa de una investigación que permite descubrir, hacia el futuro, la fuerza de la mente en libertad; aunque el sueño arrastra una buena parte de las limitaciones del mundo represivo en que se ha desarrollado.

Podríamos considerar que el sueño, a través de los estudios de Yung, es una primera avanzadilla en esta conquista de liberación que parece reservada al hombre de mañana, no como una posibilidad más de la humanidad, sino en una exigencia vital para poder sobrevivir. Para lograr el dominio de la máquina. No que la máquina y la técnica le lleguen a dominar a él, en el sentido de sincronizar su vida, a unos esquemas opresivos.

Por eso habrá que partir del subconsciente —el mundo del subconsciente ya lo hemos analizado en sus líneas generales— para llegar a deducciones que puedan ser válidas en el futuro. El hombre marcha hacia una liberación dentro de la sociedad actual. Como contrapunto a las teorías marxistas, una parte de la juventud es ácrata, una especie de anarquismo pacifista y de impulsos universales. No entra en el método propuesto en esta obra estudiar las consecuencias que tal actitud comporta. Más bien reservado el

tema para psicólogos y educadores. Aquí solamente interesa señalar el dato histórico y evidente de que ese afán de liberación crece, como espontánea respuesta a tantos errores de la llamada civilización. Y de una forma paralela la mente empieza también a liberarse. El hombre rechaza hoy credos e ideas con el empeño —acertado o no— de buscar la verdad objetiva por encima de consideraciones sociales y estímulos paternalistas. Y acaso porque sin saberlo está entrando en el mundo de mañana, donde la mente tendrá el papel primordial de su protagonismo.

El final de una época y el comienzo de otra produce estas situaciones sociales extremas. La misma inseguridad que se percibe es la consecuencia de este profundo cambio de la humanidad. Valores que se estimaron indestructibles, vienen sometidos a críticas, y en buena parte rechazamos. La corriente amenaza desbordarse, como si las aguas fuesen a crecer en un nuevo diluvio bajo el que desaparecen sistemas, costumbres, hábitos, esquemas sociales, principios y doctrinas. Pero el hombre sobrevive en la especie. Vuelve a dominar la Tierra y más allá, donde los espacios cósmicos se hacen infinitos. Lo importante para él será estar preparado, estar en condiciones de afrontar la situación nueva, con sus propios medios y recursos.

## XXXII

### NUEVA FRONTERA

Todas esas apreciaciones del subconsciente, o de los sueños, o de las ideas, el mundo que observamos en torno nuestro, las mismas sensaciones, los impulsos, los instintos parece como si surgieran de improviso de la mente. Viven en la mente y son como fantasmas que cruzan la noche del pensamiento. Vivir es tener la propia sensación de que vivimos. El demente o el imbécil son seres vegetativos que apenas alcanzan esta plenitud vital. Que en realidad no viven, porque la vida, aunque a veces creamos lo contrario, radica, tiene su origen y razón de existencia en la mente del hombre. Podría creerse y no falta quien afirma que la existencia está ahí objetivamente considerada, y que la mente no hace otra cosa que reconocerla, que descubrirla. Pero cualquiera sea el aspecto que se considere, el proceso se produce a través de la mente. En ese rincón imperceptible del cerebro, en ese punto que cubre la sustancia gris, está la fuerza formidable de la misma creación, y la única posibilidad que el hombre tiene para enfrentarse a su mismo futuro.

Por eso quedan muchas preguntas sin respuesta; muchas interrogantes sin solución alguna. Siempre existieron. Pero hoy viene a añadirse una fenomenología que rebasa toda previsión posible. Una serie de hechos que no pueden explicarse ni por las leyes naturales, ni por los medios de la ciencia que disponemos. Existen personas al parecer dotadas de una fuerza extraña, superior al medio, que resulta incluso difícil aceptar sin reservas. Uri Geller es una de esas personas, que cuenta en su propia biografía el descubrimiento escalonado, progresivo de sus facultades. En nuestro país hizo a través de la televisión determinadas pruebas, como poner en marcha relojes inservibles, cuya comprobación —o sugestión— quedó realizada. Personas que tratamos a diario, y de las

que percibimos una fuerza especial, indefinible, que nos hacen pensar en sus posibilidades maravillosas. Pero todo ello queda para el análisis de sicólogos y sociólogos. Aquí solamente nos interesa resaltar el hecho de nuestro desconocimiento, de nuestra ignorancia, en esa nueva frontera que señala la ciencia en el futuro.

Luego esos fenómenos que se producen desde el exterior como es el caso de los ovnis. Ovni es toda nave del espacio de forma circular y sin identificar. Que ha dado lugar a las especulaciones más diversas y a las opiniones más contradictorias. Es aleccionador anotar que el mundo ha ido por unos caminos descubriendo los horizontes desconocidos en la antigüedad, pero esos horizontes se han ido ampliando, ensanchando de tal modo, que hoy día la situación del hombre es casi la misma ante el conocimiento de cuanto le rodea. El espacio se hace infinito, y la aventura humana en la era atómica acaba de empezar. Es un nuevo ciclo ante el que se enfrenta. Y tiene con urgencia que adaptarse a esta circunstancia que condiciona su tiempo y que determina su vida.

Las teorías de la unidad pudieran simplificarse si partimos de que el conocimiento es único y de que todo proceso racionalista pasa, necesariamente, por la mente. Pero como expone Simmel en su obra *Problemas fundamentales de la filosofía*, «nosotros estamos organizados de tal manera que podemos entender la fructificación, la generación de nuevos productos, sino a partir de una dualidad (o en general de una pluralidad) de elementos originales activos». Si estudiamos el largo proceso de la ciencia, podemos comprobar que de la teoría del conocimiento unitario se ha ido diversificando en multitud de aplicaciones y especializaciones, y que de aquel tronco común se han ido desgajando las ramas de las ciencias matemáticas, físico-químicas, medicina, derecho, historia, etc., y aun de éstas se derivan otras muchas. Estamos en ese período que diversifica quizá en sus últimas consecuencias. Y no sería aventurado afirmar que agotadas esas posibilidades, la ciencia, sin perder sus avances tecnológicos, retorne a la idea original, a la fuerza incontenible de una sabiduría humanizada. Porque la ciencia se ha deshumanizado. Ha perdido aquel sentido universal de la filosofía griega, aquel dialogar sugerente que proporcionaba a los discípulos de Sócrates su profundo conocimiento de una temática que arrancaba desde los principios de la filosofía hasta las ciencias más aplicadas. Hoy, en cambio, el hombre se limita a la ciencia concreta de su especialización, y avanza por un camino bien reducido de profesionalismo. Se suele ignorar todo lo que quede más allá de la óptica de sus necesidades vitales, dentro de

una existencia que se considera útil para los demás y productiva para sí mismo. Pero esto le plantea una situación difícil para cruzar la nueva frontera. Sus razonamientos están condicionados por una cultura suministrada en dosis masivas de argumentos e ideas prefabricadas. Repite y dice exactamente lo mismo que dicen otros muchos. Y hasta sus razonamientos —cuando ejercita alguna vez tan noble oficio— siguen la misma trayectoria de los rígidos textos y las frases hechas.

Todo ello nos lleva a considerar que el hombre carece de preparación adecuada para los nuevos tiempos. Se ha aferrado a una cultura tradicional, que le va a servir de poca cosa en el futuro. Y no es que neguemos a la cultura su función utilitaria. Lo que le negamos es de que pueda resistir con la firmeza los impulsos de un tiempo lleno de interrogantes. Un tiempo de auténtico y sincero revisionismo. No por razones o actitudes doctrinales o de circunstancias, sino por necesidad vital, por exigencia imprevisible para alcanzar esa nueva frontera.

Por eso el hombre de hoy vive con el asombro de lo que no puede explicar su texto preferido. Empieza a comprender la limitación de sus conocimientos, y el párrafo inservible de una literatura con pretensiones. Pero acepta la situación con un conformismo mediocre, como si decir, en alta voz, su propia ignorancia, le hiciera perder situaciones sociales de privilegio. Ha comenzado una época nueva; comienza ese ciclo evolutivo de la era cósmica. Y siente el lógico temor que produce esa llegada de un mañana sin apenas datos que le puedan servir en su nueva lucha con el medio. Ese desconocido en la interrogante del tiempo.

## XXXIII

### FUERZAS VITALES

La naturaleza ofrece por sí misma un equilibrio de fuerzas que la compensan, que la sostienen y que representa la producción de la acción y la reacción, la potencialidad de signo positivo y negativo que constituyen el medio eficaz conocido para que la vida se desarrolle y el hombre prosiga su ciclo en la tierra. En el orden de las ideas ya hemos analizado en anteriores capítulos la doctrina de las contradicciones de Mao, como una aportación importante al tema. Pero lo que interesa señalar es esa realidad del equilibrio. Porque cuando por cualquier circunstancia se altera, de inmediato se produce una quiebra profunda de la misma vida y su entorno, una alteración total del ciclo que determina.

De aquí que al cruzar la nueva frontera hacia ese nuevo tiempo que expectante espera a la humanidad se puede comprobar un desequilibrio que debe ser preocupante, aunque pocos se preocupan del tema. Y es que frente al desarrollo tecnológico, como ya he dicho en otro lugar de este trabajo, las ciencias humanísticas han quedado rezagadas, con limitados horizontes, porque casi siempre se recurre a doctrinas aristotélicas, pasando por toda la historia de la filosofía y el pensamiento, y aun valorando las aportaciones de Santo Tomás, Kant, Descartes, Spinoza, Schopenhauer, hasta las posiciones teóricas del marxismo o los movimientos ideológicos más recientes, la realidad es que no existe un planteamiento objetivo, sereno y con proyección que permita al hombre lograr ese equilibrio, indispensable y vital, entre el progreso desorbitado de las ciencias aplicadas y aquellas otras del espíritu y el pensamiento. El hombre no está preparado para recibir el futuro. Si no partimos de esta base esencial apenas podremos progresar en ningún sentido.

Por eso los nuevos acontecimientos nos sorprenden. Las estructuras clásicas se resienten de continuo. Y el hombre de hoy, cuando por la mañana lee los periódicos de su ciudad o de su región, se encuentra con la noticia más extraña, menos esperada y, lo que es más grave, en franca contradicción con sus mismos conocimientos o principios. Y es que estamos en una época de revisiones no por actitudes ideológicas, sino por requerimientos de supervivencia. El hombre, pese a esos conocimientos adquiridos y normativos, casi inalterables, se da cuenta de que le sirven de poca cosa ante los descubrimientos de todo orden que se vienen produciendo. Ese niño fecundado en una probeta de laboratorio modifica, por ejemplo, todos los principios que rigen la vida sexual, abriendo caminos insospechados a la biología de mañasa. Y en corto espacio de tiempo. Apenas el justo para reaccionar frente a nuestra nula preparación para una época en que tendremos que vivir y que seguro vivirán nuestros hijos o descendientes. ¿Pero dónde vivirá esa humanidad futura?

Ya se hacen predicciones en torno a la posible colonización de otros planetas donde sea posible la vida. Porque estos proyectos y viajes espaciales tenían que tener algún sentido. No se trata únicamente, a mi parecer, de una labor científica en exclusiva. Hay algo que ha impulsado al hombre a buscar nuevos espacios más allá de nuestro planeta. Posiblemente, la supervivencia, y ello sin entrar en terrenos de ciencia-ficción. Basta analizar las actuales estadísticas y la demografía tiene tales índices de crecimiento, que, salvo catástrofes impensadas, el espacio vital hará imposible la permanencia en la tierra y la obtención de aquellos medios necesarios que permitan la consecuencia de un mundo extraterrestre, cuya evidencia parece cada día más próxima, y me remito a cuanto digo sobre los ovnis —plátanos de forma circular o naves sin identificar—, a los que ya me he referido en ocasión anterior y en esta misma obra.

El hombre espera todo. Pero hace bien poco en el orden de las ideas por adelantarse a los acontecimientos. La llamada clase intelectual, la mayoría de las veces, da vueltas a la noria de sus limitadas posibilidades. Acepta la estructura básica del mundo de ayer, y apenas mueve un peón en ese difícil tablero de ajedrez que guarda la incógnita del futuro. A falta de medios propios, recurre a las frases hechas y a las ideas clasificadas en el fichero de una cultura petrificada. Arqueólogos de las ideas. Grandes excavadores de la historia en vitrinas. Pero donde se encuentran los hombres que alcancen el futuro, ese mañana irremediable y maravilloso que tan

llo está de adivinos y profetas y tan escaso de hombres de ciencia y pensamiento. Donde una filosofía que perfile los caracteres de una humanidad que profesa y avanza hacia la nueva frontera, a punto de terminar un ciclo y comenzar otro. Donde unas ideas que consideran con normalidad —la ciencia es realidad objetiva— que un niño pueda ser fecundado en una probeta de laboratorio y acaso nacer en un día no tan lejano. Donde unas teorías que permitan al hombre la libertad suficiente para romper viejas e inútiles ligaduras. Donde unas doctrinas que proporcionen la nueva adaptación que requerirá sin duda los nuevos espacios donde se verá obligado a vivir en la última instancia de sus mismos descubrimientos.

## XXXIV

### NUESTRO PLANETA

Asombra la seguridad de muchos cuando vaticinan o pronostican el futuro más o menos inmediato de nuestro planeta. Pero por principios físicos y por ese sentido de limitación que percibimos en las cosas que nos rodean llegamos a tener la certeza de que la tierra alcanzará su final con la destrucción de toda posibilidad para la vida de los seres y las plantas. Este proceso, hoy podemos comprobar que puede producirse por tres razones básicas: por ley de naturaleza, que señala el principio y fin de las cosas; por la inconsciencia o afán destructivo del hombre sobre su entorno, y por el aumento demográfico, que desborda todas las previsiones. A este respecto dice Emerson que «las violaciones de las leyes de la naturaleza por nuestros predecesores y contemporáneos son castigadas también en nosotros. La enfermedad y la deformidad que nos rodean certifican la infracción de las leyes naturales, intelectuales y morales, y vemos con frecuencia que una violación tras otra rigen ese compuesto de miseria» (*Ensayos*, «El heroísmo»). Y esto dicho y descrito hace más de un siglo.

Para los que no crean en las profecías ni en los vaticinios sobre el futuro, queda algo más sorprendente. La misma realidad. Hay muchos países que vienen destruyéndose en guerras internas e interminables. Los medios destructivos son cada día mayores, y mientras una buena parte del mundo pasa hambre y miseria, los presupuestos para esa destrucción se elevan con manifiesta inconsciencia.

Pero visto así el panorama podría pensarse que las soluciones no existen o que el final del planeta tierra es el final de la humanidad. Ante los avances de la ciencia astronáutica cabe esperar otros resultados. No creo en el azar. La vida se desarrolla en virtud de

unas condicionantes, que en cadena producen otras que son su natural consecuencia. Es como si al tirar una piedra desde lo alto de una montaña ésta arrastra en su impulso a otras hasta producir un desprendimiento de tierras. No es el azar el que lleva al hombre de nuestro tiempo a la investigación y el conocimiento de otros planetas a lo largo del mundo de las galaxias. Es una necesidad vital, un afán de supervivencia. Una posibilidad no tan remota de que el hombre sobreviva a su propia catástrofe.

Hay gente que se extraña y hasta censura con desconocimiento del tema las grandes inversiones que se realizan en el campo de la investigación espacial. Determinados Gobiernos no parecen dispuestos a dar demasiadas explicaciones e incluso se llevan los trabajos, dentro de las más severas reservas y con escasos datos facilitados al gran público. Pero la ciencia es la única posibilidad que el hombre tiene para superar las últimas dificultades, ya que esa misma ciencia —todo hay que decirlo— ha servido para la destrucción y aniquilamiento de la raza humana. Desde Hiroshima se alza el temor destructivo de las fuerzas atómicas, desencadenadas por el más pequeño de los elementos, como es el átomo, y en la teoría desintegrante de Einstein.

Decía antes que no creía en el azar, y no porque las cosas estén escritas y prefijadas desde los principios del tiempo. La predestinación es la negación de la libertad, pero también de las leyes de la naturaleza. El hombre forja su futuro de forma personal y colectiva. Como individuo y como grupo. El que existan circunstancias imprevistas no quiere decir que se deban al azar, sino sencillamente que no tuvo la suficiente capacidad para alcanzar esas posibilidades situadas en el mundo de la realidad.

Hay quien viene haciendo especulaciones con la profecía de San Malaquías, relacionando la vida de los Papas con el fin del mundo. Después de la muerte inesperada de Juan Pablo I, la gente se pregunta si es uno o son tres los que deben regir la Iglesia católica antes de ese anunciado final de la Apocalipsis. La carrera contra el reloj ha comenzado. Pero sobre todo la inquietud del hombre, que sigue haciendo interrogantes...

Porque en el terreno de las ideas, la conformidad no es otra cosa que la propia incapacidad del individuo ante su misma ignorancia. Aceptamos lo desconocido con la misma resignación que los otros seres de la naturaleza, que apenas vislumbran el pequeño horizonte de sus vidas. Nacemos en una ciudad o en un pueblo, rodeados de terrenos áridos o de vegetación exuberante, vivimos el plazo del tiempo corto, soñamos y morimos a la sombra ilu-

sionada de un rincón cualquiera. Y creemos haber hecho algo importante o decisivo. Y rechazamos por inútil o poco práctico todo aquello que se escapa a nuestra limitada visión de los seres y las cosas.

Pero algunos pocos descubren que hay algo más. Que la naturaleza se agota o se destruye, pero que algo nuevo la sustituye con la renovación obligada de las horas. Que todo esto, que estos extraños fenómenos que nos asombran, tienen o deben tener una explicación racional y lógica en la mente. Como esos descubrimientos surgidos de una idea o de una observación cualquiera. Bastaría analizar la historia de la humanidad para ver cómo bastantes misterios naturales se han convertido con el tiempo en el quehacer cotidiano de una ciencia progresiva. Pero esa ciencia ha sido resultado de la ambición y del afán de conocimiento. La conformidad, que puede ser virtud, como aceptación de enfermedades o males que puedan acaecer; en la ciencia y para la ciencia representa la inercia y el abandono.

Porque el mundo ha progresado por la ambición del hombre, por ese propósito de superación y de trabajo. Aunque todavía estamos a mitad del largo camino.

## XXXV

### VALORACIONES FINALES

Después de recorrer ese paréntesis que va desde la naturaleza a su propia destrucción, en los tres aspectos que ya hemos considerado, parece necesario insistir en el sujeto activo de la creación, el hombre, dentro de esa cambiante que ofrece su personalidad. Aclaro que el concepto de persona, como entidad física y humana —aparte las consideraciones posibles sobre la persona jurídica—, trasciende en lo que viene en llamarse personalidad. La personalidad es la exteriorización del individuo, la imagen que se desarrolla en la acción. El hombre en movimiento produciendo en torno suyo, una impresión sensible e intelectual no siempre fácilmente captable. Y aquí es donde aparece la íntima contradicción entre lo que tradicionalmente señalamos como virtud del ser humano y su personalidad. Porque la auténtica personalidad creadora adolece de todos los vicios y todos los defectos. El mundo ha progresado —aunque sobre el concepto de progreso habría mucho que decir— por la soberbia, la ambición, la vanidad, el orgullo y hasta de la envidia considerada como acicate y estímulo. Hay que decir la verdad y proclamarla. Para los pusilánimes, los rutinarios, los mediocres, los que viven a impulsos de la actividad y el pensamiento ajeno. Porque la masa, el grupo, la tribu es gregaria y plagia y copia sin recato alguno. Pero también el individuo. Allí donde surge una personalidad con relieve salen de inmediato sus seguidores, que con bobalicona aceptación no hacen otra cosa que imitarle o admirarle, que viene a ser lo mismo.

Y se busca con empeño la alabanza, el premio de la opinión de los demás. Se vive en parte pendiente de esa opinión condicionante. Aquí aparece la personalidad mediatizada, porque no busca su natural expansión y desarrollo con un sentido creativo, sino pen-

diente, limitada por criterio de una comodidad sujeta y prisionera de unas valoraciones relativas. «Pero las palabras que nos dice —explica San Agustín (*Confesiones*)— y las obras que hace, como son públicas y notorias a los hombres, están expuestas a la peligrósima tentación del amor y deseo de las alabanzas, el cual busca los votos y pareceres ajenos, y los junta y ordena para conseguir con ellos una cierta excelencia y distinción particular.»

Pero en ambos casos sale maltrecha la personalidad. Unas veces porque somete sus ideas al beneplácito del público espectador. Otras, porque teme esos criterios y calla o silencia o los tiene por inútiles. Es difícil el logro de la armonía, que es el reconocimiento de los escasos medios propios, y su utilización adecuada con plena libertad de acción, que es lo que determina el principio de la obra auténtica. Hemos vivido mucho tiempo mixtificando el arte, que es tanto como prostituir la libertad. Por eso existen pocos artistas que se libran de la crítica del tiempo. El arte sobrevive por encima de la pretensión de sus autores.

Porque la valoración de la personalidad, como esa escala inventada de valores que el hombre maneja a su antojo, está en relación directa con la obra lograda, con el proceso de desarrollo, que tiene un fin inmediato. No es que el fin justifique los medios, sino que los medios empleados conducen a un fin determinado. La teoría de los medios, de los programas, que es algo así como la doctrina práctica de los hombres de acción, llámense políticos, hombres de negocios o industriales. La doctrina de los fines o de las metas últimas parece más bien reservada a los filósofos o los ideólogos, que son capaces de advertir la trascendencia de la acción en sus derivaciones y consecuencias. Hay que descartar las personalidades aparentes, porque la apariencia no es más que un revestimiento de escayola de fácil y pronta rotura.

Por esta causa existen personalidades, y también las hubo ayer, que son mitos con pies de barro a punto de ser derruidas al menor impulso de la historia o del tiempo. Porque la personalidad es creación o es bien poca cosa. La ciencia y el arte, los dos basamentos de la cultura de la humanidad, son creativas o, lo que es lo mismo, forman parte del progreso. Lo que no excluye a la personalidad de los hombres de acción que pusieron en movimiento aquellas doctrinas o las hicieron posible. La historia, ya lo dije en anteriores capítulos, es la narración de los grandes errores del hombre, pero el progreso ha sido posible por esos mismos errores que condenamos. Es como el hombre que nace por un acto pasional y carente de virtudes. Como si todo mal surgiese un bien

aparente. La mezcla de nuestra misma condición, que nos hace un poco ángeles, un poco demonios. Y no por otra circunstancia de que en nuestro ser íntimo coexisten y se armonizan los impulsos más diversos, las pasiones más absurdas, los instintos más contradictorios.

Por eso asombra que este individuo, con tan limitadas facultades, con tantos prejuicios adquiridos, pueda ser y es el sujeto activo, biológicamente endeble y espiritualmente inseguro, de su mismo porvenir. Ha contribuido a destruir su medio sin razón alguna, y, de otra parte, ha puesto los elementos necesarios, los está poniendo, a través de la ciencia para cruzar esa frontera que le separa del futuro.

Frente a la personalidad, en cambio, queda la rutina que es el horario de la mediocridad. Esa felicidad que es la apariencia de los que sueñan corto; de los que viven sin descubrir todavía que más allá está el horizonte de la vida y de la muerte.



REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS  
DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

*Publicaciones*

1. JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO: *Extracto de las Actas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas (1777-1790).*
2. JOSÉ RAFAEL: *Y yo escogí la palabra.*
3. JOSÉ JUAN OJEDA QUINTANA: *La Hacienda en Canarias desde 1800 a 1927.*
4. ANDRÉS HERNÁNDEZ NAVARRO: *Proceso a las ideas. (Ensayos.)*



## INDICE

	Págs.
Prólogo ... ..	5
I.—Evolución social ... ..	7
II.—Nuestros días ... ..	9
III.—Proceso ... ..	11
IV.—Las constantes históricas ... ..	13
V.—El poder ... ..	15
VI.—Las revoluciones ... ..	17
VII.—Dogmatismo ... ..	20
VIII.—La dialéctica ... ..	22
IX.—La libertad ... ..	25
X.—La civilización ... ..	28
XI.—Era cósmica ... ..	30
XII.—El inconsciente ... ..	33
XIII.—Esquemas sociales ... ..	36
XIV.—La sociedad del futuro ... ..	39
XV.—Dimensión desconocida ... ..	42
XVI.—Espíritu y materia ... ..	45
XVII.—Fuentes del conocimiento ... ..	47
XVIII.—La realidad y las apariencias ... ..	50
XIX.—La naturaleza ... ..	53
XX.—La verdad objetiva ... ..	56
XXI.—Biología humana ... ..	59
XXII.—Nuevos sistemas ... ..	62
XXIII.—El extremo del tiempo ... ..	65
XXIV.—La noción del infinito ... ..	68
XXV.—Comienza la vida ... ..	71
XXVI.—El pasado ... ..	74
XXVII.—El futuro ... ..	77
XXVIII.—Comportamientos ... ..	80
XXIX.—De lo relativo ... ..	83
XXX.—Actitudes e instintos ... ..	86
XXXI.—Psicoanálisis ... ..	89
XXXII.—Nueva frontera ... ..	92
XXXIII.—Fuerzas vitales ... ..	95
XXXIV.—Nuestro planeta ... ..	98
XXXV.—Valoraciones finales ... ..	101